

Concurso de Cuentos

***Juan Pablo Duarte:
Padre y fundador de la
República Dominicana***



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOME UREÑA

Título: Concurso de Cuentos Juan Pablo Duarte
Padre y Fundador de la República Dominicana.

Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña,
Calle Caonabo esq. Calle Leonardo Da Vinci,
Urbanización Renacimiento, Sector Mirador
Sur, Santo Domingo, R.D.

Editora Búho, SRL,
Elvira de Mendoza No.156
Zona Universitaria, Santo Domingo, R.D.

Diseño e ilustración: Daniel Alberto González M.

ISBN: 978-9945-8972-0-3

Miembros de la Junta Directiva

Lic. Carlos Amarante Baret
Ministro de Educación

Carmen Sánchez, M.A.
Directora General de Curriculum,
Ministerio de Educación

Denia Burgos, M.A.
Directora Ejecutiva del Instituto Nacional
de Formación y Capacitación del Magisterio
(INAFOCAM)

Eduardo Hidalgo, M.A.
Presidente de la Asociación Dominicana de Profesores
(ADP)

Dra. Altagracia López
Miembro

María Amalia León, M.A.
Miembro

Ing. Ramón Flores
Miembro

Lic. Manuel Cabrera
Miembro

Julio Sánchez Maríñez, Ph.D
Rector

Miembros Del Consejo Académico Superior

Julio Sánchez Maríñez, Ph.D
Rector

Dra. Rosa Kranwinkel
Vicerrectora Académica

Julio César Mejía Martínez, Ph.D
Vicerrector de Investigación y Post-
grado

Raquel Pérez, M.A.
Directora Administrativa y Finan-
ciera

Fidencio Fabián, M.A.
Director de Planificación

Denia Burgos de Camacho, M.A.
Directora Ejecutiva del Instituto
Nacional de Formación y Capacita-
ción del Magisterio (INAFOCAM)

Dr. Jorge Adarberto Martínez Reyes
Viceministro de Educación a car-
go de la Supervisión, Evaluación y
Control de la Calidad Educativa &
Director Ejecutivo de la Escuela de
Directores

Dr. Marcos Vega Gil
Vicerrector Ejecutivo Recinto Félix
Evaristo Mejía

Franco Ventura Coronado, M.A.
Vicerrector Ejecutivo Recinto Luis
Napoleón Núñez Molina

Dra. Sor Ana Julia Suriel
Vicerrectora Ejecutiva Recinto Emilio
Prud'Homme

Jorge Sención, M.A.
Vicerrector Ejecutivo Recinto Urania
Montás

Dr. Manuel Antonio Suero
Vicerrector Ejecutivo Recinto Educa-
ción Física
Eugenio María de Hostos

Sor Mercedes Carrasco Miranda, M.A.
Vicerrectora Ejecutiva Recinto Juan
Vicente Moscoso

Dr. Braulio De los Santos
Representante de los Directores
Académicos

Anexis Figuereo, M.A.
Representante de los Docentes

Br. Carlos Eduardo Martínez de los
Santos
Representante de los Estudiantes

Recintos



Félix Evaristo Mejía
Santo Domingo



Eugenio María de Hostos
Santo Domingo



Emilio Prud'Homme
Santiago



Luis Napoleón Nuñez Molina
Licey al Medio, Santiago



Juan Vicente Moscoso
San Pedro de Macorís



Urania Montás
San Juan de la Maguana

Presentación

Valoración de los miembros del jurado

Cuentos ganadores del primer, segundo y tercer lugar

Sorprendido

Jonnathan Sentele Fafa

Primer Lugar

Amante de la Libertad por Naturaleza

José Feliciano Cruz Rojas

Segundo Lugar

El Espaldarazo

Rayniel Almonte Berihuete

Tercer Lugar

Otros cuentos seleccionados ganadores en menciones de honor

Comprometido con la Patria

Ángela M. Adon Cruz

La Novia de la Libertad

Mileysis J. Medina R.

Corazón y Patria

Mairenie Ruiz Escaño

Duarte es mi vocación

Yermi Francisca García Aguiló

Profecía de un Hombre Extraordinario

Dionisio Vólquez Pérez

Longevidad de los Sueños

Eury A. Rodríguez

La Antorcha

Francisco Javier Martínez C.

Un Sueño Cumplido

Cesáreo V. Serrano Lara

Duarte el Romántico

Lisandra Martibellys Manzueta

Esfuerzo

Rayniel Almonte Berihuete

Ayuda desde Adentro

Rayniel Almonte Berihuete

Una Historia para Pablito

Luis Alfredo Jiménez

El árbol de los Pensamientos Secretos

Angelina Contreras Popa

El Poemario Duartiano

Oliver Calazán González Sena

Nostalgia

Lucía A. Quezada Mendoza

Duarte y la Luna

Luis Felipe Domínguez V.

Ahí Va Juan, El Gran Soñador

Charileidy T. Núñez N.



Presentación del Rector

Julio Sánchez Maríñez

Con grato placer cumpro con presentar en nombre de toda la comunidad institucional del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña este conjunto de veinte cuentos escritos por nuestros estudiantes y ganadores de primeros lugares o menciones de honor en el concurso celebrado en 2013 en honor del fundador de nuestra república, Juan Pablo Duarte Díez.

Organizado con la asesoría y apoyo de Emelda Ramos, Rafael Peralta Romero y Rafael García Romero, quienes constituyeron también el Jurado calificador de los cuentos recibidos de estudiantes de los seis recintos del Instituto, este concurso arrojó resultados sorprendentes, a juicio de tan calificados y reputados docentes y literatos, como bien reflejan ellos en sus valoraciones del concurso incluidas en esta publicación.

Que nuestros estudiantes hayan sido capaces de entusiasmarse y, aún más importante, de producir los esfuerzos de creación narrativa que ahora ponemos a disposición de los lectores de esta publicación, dice mucho de quienes, como ellos, optan por formarse como docentes, así como también de la labor formativa en este instituto que se honra con llevar el nombre de la ilustre poeta, patriota y educadora que fue Salomé Ureña.

Todo lo expuesto nos compromete a seguir organizando este tipo de convocatorias que nos permitan alentar y descubrir los talentos que en busca de cultivo y vías de expresión tienen nuestros estudiantes y otros miembros de nuestra comunidad institucional.

Esperamos que esta publicación, en seguimiento al concurso, estimule a nuestros estudiantes actuales y futuros a cultivar sus dotes artísticas y creativas. Deseamos, también, que sus lectores la reciban con interés y, sobre todo, con la disposición de convertirse en animadores de una juventud que estudia, que se cultiva y que tiene el potencial para mucho si cuenta con las oportunidades y los apoyos oportunos, incluyendo la creación artística y literaria.

Valoración de los miembros del jurado

sobre el proceso desarrollado
en este concurso

Emelda Ramos

La experiencia del certamen literario concebido y organizado por el Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, ha constituido una experiencia única, de múltiples significados y consecuencias, en la cual me atrevo a incluir al Jurado, a los Académicos y por supuesto, al estudiantado que acudió expectante a la convocatoria.

No en vano se ha llamado a los concursos literarios en las épocas clásicas “justas florales”, pero en el caso del concurso de cuentos: **“Juan Pablo Duarte: Padre y Fundador de la República Dominicana”**, en plena primavera del año 2013, en el que celebramos el bicentenario del patricio, cobra un sentido trascendental, toda vez que es tal vez el único que se ha realizado en el país que ofrenda homenajes a quien debe su razón de ser e identidad.

Iniciando el proceso, se llevaron a cabo en los seis recintos académicos, los talleres de motivación a la práctica de técnicas narrativas, propias del cuento, y los tres narradores que la impartimos, hemos visto su aplicación y recurrencia, en los 56 textos cosechados al final de la jornada, lo cual es muy satisfactorio puesto que en su mayoría, los nobeles redactores las empleaban conscientemente por primera vez.

Uno de los aspectos más interesantes a observar en la muestra obtenida es indudablemente, el tratamiento del personaje que ha motivado esta acción estético-pedagógica: Juan Pablo Duarte. Representantes de una nueva generación dominicana, han logrado plasmar cuando no, sugerir, la diamantina imagen de Duarte, en diversas facetas de su personalidad, de su perfil espiritual: joven inquieto, precoz buscador de la verdad, estudioso y lector voraz, observador del mundo en que le tocó vivir, y visionario del futuro, cultor de la amistad, excelente hijo y hermano, leal en el amor, comprometido con una causa trascendente, creyente en Dios, trino y uno, artista y creador, gestor de la cultura, formador de formadores, líder de juventudes, gran estratega político y militar. Evidentemente cada cuentista ha escogido abordar o la arista de la personalidad duartiana que más le ha impresionado o aquella con la cual se ha identificado y hasta quién sabe si prefirió, aquella que por primera vez descubriría, para construir y ubicar el protagonista de su historia, en los escenarios más inesperados para sus lectores.

Por supuesto que la originalidad, el punto de vista, el factor sorpresa, la carga lírico-moral, la secuencia de las acciones narrativas, el manejo espaciotemporal, los recursos lingüísticos, el sentimiento patrio, la perspectiva de género, y la eficacia comunicativa en general, han sido objetivos buscados en los participantes y valorados por sus primeros lectores: el jurado.

Estamos radicalmente convencidos, de que esta innovadora experiencia y su sencillo pero valioso resultado, redundan en beneficio de estos jóvenes maestros y además, aportan un modelo a seguir por otros educadores preocupados por la formación en los prístinos valores del Padre y Fundador de la República Dominicana.

Emelda Ramos es poeta, narradora, ensayista y educadora. Cursó su educación básica y secundaria en su pueblo natal, Salcedo. En 1966 se trasladó a Santo Domingo e ingresó a la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña donde se licenció en Educación con especialización en Filosofía y Letras. Ingresó al magisterio en 1971 como profesora de educación secundaria del Liceo Secundario de Salcedo. Estudió bibliotecología en la Universidad Católica Madre y Maestra (1981-1982) y en la Universidad Mundial (1984-1986). En 1983 obtuvo el primer lugar en el concurso literario del Ateneo Minerva Mirabal de Salcedo con la novela **“El Despojo o por los Trillos de la Leyenda”**. Parte de su producción literaria, dedicada mayormente a rescatar las tradiciones y las costumbres campesinas dominicanas, ha sido incluida en las antologías *Selected Papers of Wichita State University* (1986); **Creación e identidad: encuentro mujer y escritura** (1989), **Combatidas, combativas y combatientes** (1992), **Antología de creadores interioristas** (1997). Actualmente dirige la biblioteca de la Universidad Nordestana, en San Francisco de Macorís.

Rafael Peralta Romero

La Literatura y la Lengua

La función de la literatura no es de tipo didáctico. Dicho de otro modo, el arte literario no se produce con el fin de enseñar, adoc-trinar, catequizar ni mucho menos para inculcar en los lectores alguna moraleja. Sin embargo, el maestro resulta un mediador indispensable para que la obra literaria llegue a niños y jóvenes y para estimular en éstos el interés por la lectura y el refinamiento del gusto por las artes en general.

Por las razones citadas, me parece que la organización de un concurso de cuentos dirigido a cientos de jóvenes que se preparan para servir en el sistema educativo nacional, constituye una acción muy certera, por cuanto pone a los futuros maestros en contacto pleno con la creatividad y, en consecuencia, el desarrollo de su imaginación.

La imaginación es frecuentemente ignorada en el proceso educativo. No puede un maestro estimular el desarrollo de esta facultad en los alumnos confiados a su responsabilidad, si antes él mismo no ha experimentado el placer que proporciona tal actividad.

El concurso de cuentos **“Juan Pablo Duarte: Padre y Fundador de la República Dominicana”**, organizado por el Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, ha sido un éxito rotundo, en primer lugar por la cantidad de futuros maestros que ha participado en el mismo, lo cual ha resultado una verdadera y grata sorpresa.

En segundo término, merece la calificación de atinado el certamen por la calidad de los textos, en los que se aprecia un adecuado juego de imaginación, aun tratándose de cuentos basados en la vida del fundador de la República Dominicana, Juan Pablo Duarte. Ello indica que los participantes vencieron gallardamente las limitaciones temáticas.

Es necesario que los profesores de todos los niveles de la educación se distingan por un nivel adecuado de manejo de nuestra lengua, aun no se dedicaran a la enseñanza de esta materia. Creo sinceramente que actividades como este concurso cumplen fielmente el objetivo de promover en los futuros maestros tal aspiración.

Bueno será que esto se siga haciendo y que los alumnos se preparen para pugnar con la disposición de asimilar recursos que les permitan una mejor comunicación, en similar término que con el espíritu competitivo que caracteriza a todo quien se lanza a una contienda. Los concursos literarios para los futuros maestros vienen a servir como lluvia en tierra seca.

Rafael Peralta Romero es conocido como un ilustre poeta, narrador, periodista y docente universitario. Oriundo de Miches (provincia El Seibo), estudió Comunicación Social y una especialidad en Lengua Española y Literatura en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. En su extensa carrera periodística ha ocupado las posiciones de Director y otros cargos ejecutivos en importantes medios de comunicación dominicanos. Así como también la de Subdirector de Prensa de la Presidencia de la República. Su obra literaria ha sido valorada por reconocidas figuras de las letras y la crítica. Ha obtenido importantes galardones en el área de la literatura infantil.

*Dentro de sus obras publicadas destacamos: **Niño y poesía** (1977), **Punto por punto** (1983, 1998), **Las piedras sobre las flores** (1985), **Romance del ciclo diario** (1989), **Un chin de caramelo** (1992), **Diablo azul** (1992), **Residuos de sombra** (1997), **Los Tres Entierros de Lino Bidal** (2000), **Cuentos de visiones y delirios** (2001, 2003), **Memorias de Enárboles Cuentos** (2004, 2006), **El Conejo en el Espejo y otros Cuentos para Niños** (2006), **De cómo Uto Pía encontró a Tarzá**, ganadora del premio El Barco de Vapor (2009).*

Una Reflexión sobre el Concurso

Ninguna universidad del país forma escritores. Eso incluye, indudablemente, al Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña. No se trata de una deficiencia, pero se trata de algo en lo que debemos pensar, ya que a los maestros siempre se les demanda que su ejercicio incluya el apoyo de un recurso didáctico, algún producto literario, ya sea poesía para niños, cuentos infantiles o juveniles y en caso extremo, algún libro de ensayo.

Ahora bien, la escritura entra dentro el ámbito de la creatividad; y para enseñar en las aulas hay que hacer un gran despliegue de creatividad, sobre todo si se trata de enseñar a niños del nivel básico. En ese horizonte entra, entonces, la interrelación de la pedagogía con la literatura.

El dominio del lenguaje madre es básico, pero en la academia se necesita más que el dominio del español. El estímulo viene a través de la promoción de concursos literarios, siempre con un norte específico, que ayude, ilumine y le dé sentido a todo cuanto pueda serle útil al maestro que se forma para el ejercicio futuro de su profesión.

En ese orden, el concurso de cuentos **“Juan Pablo Duarte: Padre y fundador de la República Dominicana”**, cumplió con ese objetivo, pero ensanchó sus propósitos. Todos los participantes hallaron en él una gran oportunidad. La percepción que yo tengo, en mi condición de jurado, es que vieron cómo se iluminó un camino en el que solo creían a medias, antes de participar en el concurso.

El concurso, a su vez, es la puerta que revela a los participantes las condiciones que tienen para escribir, para trabajar la imaginación; y sobre todo, a dónde los puede llevar el despliegue de la creatividad, si les damos un punto de apoyo. En este caso el punto de apoyo vino con la conmemoración del bicentenario del nacimiento del patricio Juan Pablo Duarte.

La lectura, como un proceso previo a la escritura, a su vez, dota a los estudiantes de las herramientas necesarias para avanzar y darle consistencia y profundidad a su oficio. Algo que nos lleva a preguntarnos, ¿En qué momento aprende un maestro a escribir? ¿En qué momento concibe el contenido de un libro? ¿Con qué tiempo puede sentarse a escribirlo? Indudablemente que con la carga docente que tiene a diario le resultará imposible.

El tiempo de su formación resulta capital. En el aula y con los maestros adecuados, más el incentivo de concursos y redacción de monografías e investigaciones, hallará las motivaciones necesarias, el apoyo, la formación y, sobre todo, el hábito para hacerlo. De ahí la importancia que vemos en reforzar de manera temprana el hábito de la lectura, porque sin lectura no hay tierra de cultivo para la escritura. La participación de los estudiantes de grado en el concurso de cuentos “**Juan Pablo Duarte: Padre y Fundador de la República Dominicana**” así lo demostró.

Rafael García Romero es poeta, narrador, ensayista y periodista. Es uno de los más destacados narradores de la Generación de los 80. Estudió periodismo y Sociología en la Universidad Autónoma de Santo Domingo donde estuvo afiliado a la sección de literatura del Movimiento Cultural Universitario y al Taller Literario César Vallejo.

Formó parte del equipo fundador del suplemento literario Coloquio del periódico Hoy. También trabajó con el equipo editorial del suplemento Isla Abierta del periódico Hoy y en la redacción de la revista Ahora. En 1985 obtuvo el primer premio en el concurso de cuentos organizado por el Ayuntamiento del Distrito Nacional y posteriormente, el primer y el tercer premio en el concurso de cuentos de Casa de Teatro, en 1987 y 1992, respectivamente. En el año 2001 obtuvo el Premio Nacional de Cuentos.

*Ha publicado los siguientes libros de cuentos: **Fisión** (1983), **El agonista** (1986), **Bajo el acoso** (1987), **Los ídolos de Amorgos** (1993), **Historias de cada día** (1995), **La sordida telaraña de la mansedumbre** (1997) el cual también fue traducido al italiano y publicado por la editorial Perrosini, **Obras narrativas juntas** (1999), **A puro dolor** (2001) y **Ruinas** (2005). Además, publicó los libros de ensayos: **Premio Nobel y literatura latinoamericana** (1983) y **Ensayos críticos sobre escritoras dominicanas del siglo XX** (2003) junto al ensayista, poeta y bibliógrafo Miguel Collado.*

Cuentos Ganadores:

Primer, segundo y tercer lugar



1



2



3



Sorprendido

Cuento Ganador del **Primer Lugar**

De alguna manera u otra, la vida se encarga de recordarnos que no somos la gran cosa. Estamos estacionados en el sitio equivocado, esperando que algo suceda sin hacer nada, o como diría un amigo: "cada quien la origina a su manera, piezas del presentimiento o fichero de inspiración".

La verdad, es que no sé cómo llegué allí. La gente caminaba de un lado a otro. Se entrecruzaban bocinas, ruido, mucho ruido.

-¿Dónde estoy?- dije, cuando de repente, fijé la mirada en un joven triste, que estaba sentado en la acera. Levanté la vista, y me quedé sorprendido; era la Puerta de la Misericordia, y en ese instante, perdí la secuencia del tiempo y el espacio, entonces, apareció el silencio, mucho silencio.

Colmado de una incontenible curiosidad, me acerqué al joven. Cuando vi su rostro, me pareció familiar, pero no recordaba con precisión quién era realmente. De todos modos, me senté a su lado y le dije:

-Perdona el atrevimiento pero, ¿te sucede algo? -

Me miró con un semblante, que denotaba una gran decepción. Tenía una expresión de impotencia en sus ojos, y a duras penas contestó: -Es que fue aquí -Y prosiguió. Fue precisamente aquí donde la esperanza cobraba vida, donde todo experimentó sentido y ahora nada es lo que soñé, nada es lo que tanto esfuerzo me costó a mí y a tantos otros, que hoy no están.

-Está demente –murmuré–

Un perro flaco y aporreado, cruzó jadeando en frente de nosotros, mostrando sin duda alguna, cuan cerca estaba de la muerte.

-En realidad no entiendo lo que dices- le dije, mirándole de nuevo.

-Mi patria, la patria que estaba destinada a ser libre e independiente, hoy es más esclava y dependiente que nunca - respondió.

-¡Pero qué estás diciendo!, interrumpí. ¿No ves que somos libres?, podemos hacer lo que queramos, ir de un lugar a otro, elegir, cantar, administrar, reír – y repuse- ¿no es eso libertad para ti amigo?

Se quedó pensando un rato, y luego me dijo:

-Ven, acompáñame, camina conmigo- y continuó hablando:

-Todo esto que ves, es sólo utopía, espejismo; nada es lo que parece. Nosotros no hacemos lo que queremos, sino lo que el sistema quiere. Este país, es esclavo de muchas naciones extranjeras; son dueños de la economía, de la política, de las tierras, ¡hasta de la seguridad!, y por eso es que no tenemos más que un soplo de vida en las narices, – y agregó-, ¿dónde están los valores fundamentales: el amor a la patria, a la familia, a las libertades públicas, la igualdad de condiciones de derechos, el respeto al prójimo, caminar sin miedo por las calles de este país que tanto amé, ver a los niños, jóvenes y ancianos, como tú ignorantemente decías; correr, cantar, reír? –Interrumpí y le dije:

-Perdona que te interrumpa pero, ¿quién eres realmente?– y proseguí- es que todo lo que dices es cierto, pero yo prefiero seguir pensando como pienso, puesto que esto, no va a cambiar-, ennoblecí la voz y concluí-, ya no tenemos a Duarte ni a los Trinitarios, hace mucho tiempo que murieron, y con ellos, sus ideales.

-¡Calla!- ordenó severamente, ¿no te das cuenta que “vivir sin patria, es lo mismo que vivir sin honor”, y sin honor, viven los que nacieron sólo para ser zombis que deambulan por el mundo sin alma y sin sentido?

Dicho esto, paró de caminar, me miró y luego dijo:

-Tengo que irme, este país apesta -. Levantó la mano derecha y señalándome con su dedo índice, añadió:

-A ti te toca empezar a cambiar las cosas.

-¡A mí! – exclamé –.

-sí, a ti-, replicó con firmeza.

-¿Qué tanto puedo hacer?, soy sólo un hombre -, le dije. Mi esfuerzo

no servirá de nada, además, con una persona, ¿no pretenderás cambiar las cosas como has dicho?

Se acercó a mí, puntualizó su mirada en mis ojos, dando a entender obviamente, que estaba reclamando algo, pero no comprendí el significado de aquel gesto. Acto seguido, musitó lentamente estas palabras en mis oídos:

-Eres como una gota de agua en el inmenso Océano Pacífico, a simple vista, no aporta mucho, más sin esa gota de agua, te aseguro que el Océano estaría incompleto -.

Este proverbio, me llevó a reflexionar en lo más profundo de mí ser, y al mismo tiempo, asumí la percepción de que lo había escuchado anteriormente, pero no logré traer a la memoria a la persona que lo declamó por primera vez. Mientras meditaba esto, algo extraño, que no pude descifrar, se apoderó de mí y provocó una reacción inesperada. Los indicios, parecían indicar claramente que todo había sido planificado por él con anticipación, y sin darme cuenta, mi postura, pensamiento y mi forma de ver las cosas, experimentó un giro drástico, y por fin decidí dejar de ser un conjunto vacío en medio de esta sociedad. Apenas había tomado esta resolución, cuando él comenzó a separarse de mí, y mientras se alejaba, le grité con voz potente:

-¿Y por dónde empiezo?-

-Comienza por tu familia, ahí es donde tienes que trabajar más, en especial, presta mucha atención a tus hijos, incúlcales valores, haz que piensen como yo, y nunca olvides que la mejor forma de predicar, es con tu ejemplo -.

Después de esto, avivó el paso y empezó a caminar muy a prisa, y yo permanecí estático, observándole con gran admiración y respeto, ya que es más fácil encontrar una estrella a medio día o el sol a media noche, antes de hallar a alguien semejante a él; porque los hombres que poseen esas cualidades e ideales, parecen no pertenecer a estos tiempos, sino a épocas pretéritas. Una vez contemplados estos acontecimientos, fue cuando vine a darme cuenta de que me faltaba algo importante por conocer acerca de su personalidad, y como se encontraba algo distante de mí, di unos pasos para seguirle, pero me detuve, y volví a gritarle:

-¿Y tú nombre?-

Él, sin detenerse, volvió el rostro, y pude ver una gran satisfacción que invadía todo su ser, me sonrió, abrió los labios para responder a mi pregunta, y en ese instante, desperté. No llegué a oírlo, porque se alejaba como un viento veloz, en busca de hojas secas, para reverdecerlas.

Miguel de Cervantes

Jonnathan Sentele Fafa (Miguel de Cervantes) es Licenciado en Educación Básica (Graduación octubre 2014), del Recinto Juan Vicente Moscoso.



Amante de la Libertad “Por Naturaleza”

Cuento Ganador del Segundo Lugar

Hubiera deseado tener otra vida, hacer cosas que nunca antes hice como “tener más tiempo para mis familiares” por ejemplo, aunque desearla sería mi ruina, la pérdida total de lo que he alcanzado, pues sé que al desear otra vida estoy ofuscando a Dios, pero es la enigmática verdad, quisiera otra vida para servir con más fuerza a mi patria, para ver los jóvenes alcanzar sus metas “libres” como blancas palomas batiendo sus alas en el limpio y armónico aire, para despertar la conciencia de los hombres que aun duermen bajo las despilfarradas ideas de pueblos que comparados con mi patria no son más que cuerpos muertos, putrefactos por su ego y su codicia, sin doliente alguno que pueda encargarse de sepultar la miseria y la ambición que cada día los hunde más y más hacia el fracaso. Pero, ¿qué le voy a hacer si ha sido Dios quien ha puesto sus dones en mí? Él me ha dado mi misión y la he cumplido al pie de la letra, no he sido yo solo, ha sido el inmenso espíritu de Dios que me otorgó la sabiduría y las fuerzas para alcanzar los sueños de muchos que murieron anhelando una patria libre.

Quise imitar a Jesucristo que teniéndolo todo renunció a ello y se entregó para liberar a muchos, aunque ese no era mi plan, sabía lo mucho que me costaría concientizar a un pueblo oprimido, encerrado en el puño de bestias sin alma cuyo único fin es acabar con el espíritu de los nobles, mis ideas eran alcanzar la libertad pero nunca pensé que me podía quedar fuera de la patria a la que con el esfuerzo y la valentía de hombres de coraje infalible di la libertad. Pero esa es otra maravillosa historia que ahora no deseo explicar.

Ahora estoy exhausto, porque mis fuerzas llegaron al límite, sólo y lejos de mi patria, bajo las penumbras del hambre y la soledad, la miseria me asecha a cada instante y la salud es ya mi peor enemigo porque se niega a acompañarme, las luchas me han dejado como premio una enfermedad que me consume, pero aun así sonrío porque mi tierra ya no es un estado oprimido, mi tierra es una patria de hombres que lucharán por la justicia y la libertad.

Recuerdo aquellos días de mi infancia, el campo, un campo verdoso, lleno de inmensos árboles, donde mi primo Rómulo y yo solíamos recostar nuestras espaldas para alimentar nuestras mentes de historias

y hechos que día a día fueron inundando mi mente y corazón hasta llevarme a ser lo que soy y he sido.

Las azucenas y los claveles azules de aquel campo contrastaban un tono que me hacía sentir la paz corriendo por mis venas, un riachuelo se enreda entre las piedras y los antiguos y prolíferos troncos de los árboles, los peces sabotean la tranquilidad de aquellas cálidas aguas dándole movimiento y haciendo que las hojas caídas naveguen por manantiales y conozcan nuevos horizontes, toda esta gloria justo en frente de nosotros, a nuestras espaldas mansos montes bailan con la brisa y se alegran con el cantar de las aves, el trinar de los pájaros me hace sentir como si tocara el cielo, las aves tejen nidos de espléndida belleza arquitectónica y las mariposas forman casi arcoíris al volar y mezclar sus vistosos colores, al sentir tan ecuánime belleza me remonto en un viaje imaginario y conjeturo a mi primo Rómulo junto a mí viajando por nuevos mares y aprendiendo de cada cultura como lo hacemos con cada libro que leemos. ¡Qué bueno es soñar!, pero me despierto de mi imaginación, que va si Rómulo y yo solo somos puros chicos con tan solo doce años, pero algún día seremos hombres, sí hombres fuertes y sabios así como dice papá.

Se escucha un ruido entre los arbustos, un ruido lento, sigiloso y sin prisa, Rómulo y yo tratamos de percibir la figura que emite el sonido, miramos atentos los amplios troncos de los árboles, los arbustos que momentos antes estaban a nuestras espaldas, las hojas secas amontonadas sobre los arbustos, pero no conseguimos descubrir lo que produce aquel extraño ruido.

El sonido se aleja. Rómulo un investigador innato, desde pequeño siempre le ha gustado conocer el porqué de las cosas, papá dice que nos parecemos mucho. Ambos nos miramos desilusionados, él con el rostro decepcionado y a la vez esperando el regreso de aquel sonido para descubrir aquella enigmática figura llena de misterios, yo con el mismo sentir aunque con mayor empeño por descubrir aquel misterio, ambos nos mantenemos tan solo moviendo la cabeza, tratando de ocasionar el menor ruido posible.

El sonido parece haberse detenido, se escucha espantarse, ahora el ruido es veloz y se dirige deprisa hacia nosotros, una roca pasa como bala rompiendo algunas ramas del olivo que estaba a unos diez metros de donde nos encontrábamos, los pasos se escuchan cada vez más cerca. Rómulo y yo al escuchar el avance del ruido, veloces tomamos

los libros del suelo y nos acercamos al tronco de un viejo roble, el ruido se escucha desesperado, yo fijo la mirada hacia Rómulo y viceversa, luego nuestras miradas se clavan en el lugar de donde deviene el ruido.

Las hojas de los helechos se dividen unas de otras adelantando similar hecho cada vez más hacia nosotros, se le termina el camuflaje a aquel individuo misterioso, no más helechos, las hojas secas darán a conocer su apariencia. Al fin le hemos visto se ha detenido justo a unos quince metros de nosotros, fija su mirada en ambos, rápidamente observa hacia atrás, al no ver nada se detiene fijo.

Era un animal cuadrúpedo de color oscuro, piel gruesa, tenía dos largos colmillos, uno a ambos lados de la boca, un hocico achatado muy parecido al de los cerdos, para bien decir tenía gran parecido a un cerdo pero no lo era, nos miraba muy fijo dispuesto a defenderse si nos acercábamos a él.

Rompí el silencio y pregunté a Rómulo con voz entrecortada:

-¿Qué es eso?, hice la pregunta ya que mi primo era más conocedor del campo que yo. Me contestó fríamente:

-Es un jabalí, no te muevas mucho, pero tampoco demuestres tener miedo.

Rómulo era muy curioso y le encantaban los animales, así que trataría de acercarse al animal para conocerlo mejor. A mí me pareció peligroso, aunque la curiosidad de mi primo no sirvió para nada, de entre los helechos salió una voz agria que vociferaba:

-¡Mátenlo!, ¡no lo dejen escapar!-

Eran dos individuos robustos, altos, venían descalzos y ambos con tan solo una vestimenta que cubría sus entrepiernas, pantalones harapientos cubiertos totalmente de tierra por el tiempo sin lavarse, sus abdómenes lucían al aire libre picados por los mosquitos, rasguñados por las ramas del monte, traían lanzas en sus manos y al parecer venían tras el animal, Rómulo los reconoció de inmediato, eran Nuncio y Piote dos individuos que vivían recolectando todo lo que encontraban en los montes, a decir verdad se creían dueños y señores de lo que existía en aquellos montes, ambos tenían una edad cercana a los veinticinco años pero su ignorancia les hacía ganar el desprecio de los jóvenes de la comarca.

Piote traía consigo un machete que a mi entender le servía para espantar moscas por la gran cantidad de moho que en él había. Rómulo se apresuró y movió sus brazos de arriba hacia abajo para que el animal se alejara, nos hicimos a un lado y el animal, que pasó tan rápido como un rayo, movía su cola alegremente como si notara su libertad.

Nuncio se enojó y vociferó las mil maldiciones y creo que hasta las no conocidas en nuestro mundo:

—Imbécil, pedazo de júpero, ¿cómo se te ocurre defender el animal? -le reclamó a mi primo quien permaneció en silencio-.

El más alto, Piote me señaló diciéndome:

-Debieron detenerlo pero ¿cómo van a detenerlo un par de tarados con tan solo libros? ¿Qué no ves Nuncio que con libros no se hace nada? -le acordó éste a su hermano y continuó diciendo —eso de hojas y letras solo entorpece a quien las usa. Piote nos miró fijamente con ojos de fuego y dijo —les haré un favor que me agradecerán por toda la vida— y como un relámpago nos arrebataron nuestros libros y los lanzaron al suelo para pisotearlos. Ambos se pusieron en marcha y riendo a carcajadas decían — para la próxima usen machetes y si lo encontramos nuevamente con libros se van a arrepentir de haber nacido par de ineptos.

Rómulo y yo nos dispusimos a recoger los pedazos de libros que yacían destrozados sobre las hojas secas, juré vengar aquella burla, coloqué mi mano derecha en el hombro izquierdo de mi primo y con el alma asediada le dije —le juro que vengaré esta humillación, pero no cometeré el error de esos infames, les daré una lección que les servirá para toda su vida, Rómulo me miró asustado y del brotó una risa burlesca, -por qué te ríes?, le pregunté. —Es que cómo te vas a vengar de esos tipos cuando ni siquiera tamaño tienes para enfrentarlos, -ya lo verás, le contesté. Y desde entonces comencé a tramar mis planes para darle un escarmiento a aquellos vándalos. Pasaron unos días y mi primo se olvidó de aquel menoscabo, pero en mí persistía. Decidimos no contarle nada a nuestros padres no fuera que Nuncio y Piote pagaran aquellos libros más caros de la cuenta, así tomamos la decisión de que si alguna vez descubrían los libros rotos les diríamos que había sido un perro que nos atacó.

Habían pasado tres meses desde aquel caso, busqué a mi primo y lo invité a aquel lugar aunque esta vez sin libro alguno, en cambio llevaríamos una herramienta sorpresa, Rómulo se negaba, pues según él no quería problemas con aquellos grandulones, así que lo convencí de que me acompañara y se motivó creo que hasta más que yo al conocer mis planes.

Nos dirigimos a aquel prodigioso bosque esperando encontrarnos con Nuncio y Piote, tardamos toda una tarde caminando pero no logramos dar con el paradero de aquellos malhechores, así que decidimos regresar a casa al anochecer y tratar de encontrar mejor suerte para el día siguiente.

Pasaron tres días llenos de espera. Rómulo y yo hemos preguntado por aquellos dos sujetos pero no hemos obtenido noticia alguna. Al llegar la tarde hemos decidido visitar nuevamente el lugar, anduvimos aquel bosque por todos lados pero sin lograr una pista que nos llevara a nuestro objetivo, parece como si aquellos tipos se lo hubiera tragado la tierra. Rendidos, salimos al camino principal, allí nos encontramos con un muchacho de nombre Rodrigo, aquel con aspecto muy diferente al de nuestros “queridos” desaparecidos. Rómulo le preguntó sobre el paradero de aquellos sujetos y él muy complaciente nos indicó que podíamos encontrarles tras una colina ubicada al norte de aquel bosque a unos quinientos metros de allí, animados agradecimos aquella información a Rodrigo y partimos hacia el lugar.

Nos dio trabajo escalar aquella colina, pedregales, espinas y arbustos que se tendían en el camino. Al fin, exhaustos, llegamos a la cima, miramos a todos lados tratando de observar el escondite de aquellos seres, pero los árboles nos impidieron descubrir la vivienda, así que decidimos descender para encontrar el lugar que Rodrigo nos había indicado. Rómulo apresuró sus pasos y sin notarlo se detuvo a descansar sobre una roca muy frágil, la mitad de la roca se desprendió junto a Rómulo haciendo que este rodara unos diez metros, ágilmente mi primo se aferró a un pequeño arbusto logrando detenerse, las rocas pasaron como balas a penas a centímetros de Rómulo, pero no lo lastimaron.

Un ¡sí! enérgico salió de los labios de mi primo, había descubierto el escondite, me apresuré y lo alcancé. Aquel escondite no era igual a las viviendas que mi primo y yo conocíamos, más bien era una cueva parecida a la de los osos, aunque estaba cubierta por listones de madera

rústica y se encontraba justo en el extremo izquierdo de la colina bajo unas enormes piedras que protegían la covacha de la lluvia y otros fenómenos naturales.

Rómulo y yo nos acercamos sigilosamente al lugar, tenía aspecto de abandono. Se notaba solitaria, al frente de la cueva yacían trozos de madera, cáscaras de yuca, plátano y otros víveres y ramas que al parecer habían sido usadas para cubrir la entrada de la misma. Nos acercamos a la entrada, ahora estábamos frente a aquella puerta fabricada de leños de grayumbo y amarrada con telas y bejucos. Me detuve en frente de la puerta con un machete en mis manos, de pronto justo a nuestras espaldas apareció aquel sujeto “Nuncio” con el mismo carácter de siempre, sentí palpitos al saber que habíamos encontrado a quien tanto buscamos.

Sin hablar y de un tiro Nuncio se lanzó frente a nosotros, su rostro no era el mismo de antes se notaba preocupado, como si necesitara que alguien lo escuchara y le prestara ayuda, se arrodilló frente a nosotros. –Ayúdenme, nos dijo apenado, – nos explicó que su hermano tenía una fiebre terrible y que estaba a punto de morir si no le atendían. Le ordené que se pusiera de pies, no soportaba verlo humillándose de esa forma, -solo prométanme que me van a ayudar- agregó. Mi idea aún permanecía en pie así que no ayudaría a Nuncio sin antes darle la lección que había planeado.

-Lo siento Nuncio, pero no puedo ayudarte; -creo que el alma se le frisó a Nuncio y hasta a mí me dolió haberlo dicho, pero continué diciendo: -desde aquel día cuando tú y tu hermano nos amenazaron en el bosque por culpa de un inocente animal, jamás hemos vuelto a ser los mismos, como ves ya solo usamos machetes, eso fue lo que ustedes nos obligaron a hacer (fingí). Nuestros libros fueron quemados desde aquel día y por lo tanto ya nuestra inteligencia ha desaparecido.

Nuncio estaba impaciente; -perdónenme, pero por lo que más quieran ayúdenme- nos dijo desesperadamente. -Si al menos nos hubieran respetado aquel día en el bosque hoy todo fuera diferente –agregó Rómulo. -Pero eso pasó Nuncio –Exclamé fingiendo estar apenado; -Si al menos tuviéramos uno de esos libros que antes leíamos, esos de medicina, pero ya no es lo mismo Nuncio, ustedes nos condenaron a perder nuestros libros, que al parecer tienen ahora mucho más importancia que este machete que ahora traigo en mano. Nuncio mostró estar arrepentido y con los ojos aguados nos dijo: -Lo siento, haré lo que

pidan pero ayúdenme. Rómulo rompió la tristeza y le ofreció ayuda, pero a cambio pidió a Nuncio que él y su hermano deberían cambiar, ser diferentes con las personas y al menos tratar de aprender a leer con nuestra ayuda. Nuncio aceptó la propuesta hecha por mi primo.

Mi primo y yo entramos a la cueva y efectivamente, Piote se encontraba muy mal, estaba pálido, ardía en fiebre, su voz se notaba entrecortada y no tenía fuerza alguna para levantarse. De inmediato me trasladé al pueblo y expliqué a mi padre lo que ocurría con Piote, buscamos un médico quien se encargó de atenderlo y curarlo. Nuncio y Piote aprendieron la lección desde aquel día, Rómulo y yo nos encargamos de enseñarles a leer, desde entonces nos convertimos en sus mejores amigos, para ellos fuimos como sus hermanos y familiares, Nuncio fue uno de aquellos hombres que ayudó a trasladar armas y materiales que muchas veces yo enviaba a Francisco del Rosario y otros de los compañeros que lucharon por la libertad del país, al igual que Piote uno de los más fieles y que por su aspecto de valiente siempre me guio en caminos y montes donde el peligro acechaba a cada instante de la noche.

Mi vida fue auténtica porque Dios me otorgó esa dicha, viví momentos muy gratos y otros desesperantes, pero siempre encontré la guía de Dios en todo momento, tuve cosas maravillosas a mi lado, mi familia, mis amigos, mis profesores, mi patria. Yo, Juan Pablo quisiera seguir sirviendo a mi patria, para junto a los míos agradecer a Dios, luchar, compartir; por esto y más “Hubiera deseado tener otra vida”.

José Bosch

José Feliciano Cruz Rojas (José Bosch) es Licenciado en Educación Básica (Graduación octubre 2014), del Recinto Emilio Prud'Homme.



El Espaldarazo

Cuento Ganador del Tercer Lugar

Juan Pablo Duarte, se encontraba sentado en su camarote revisando varios libros que había elegido para el viaje que recién empezaba hacia la lejana Europa. Hacía varios minutos que estaba sintiendo la falta de aire, y decidió salir de su camarote a respirar aire y salió a la cubierta, donde observó varios grupitos de personas compartiendo animadamente. De pronto, alguien le toca el hombro izquierdo; era su amigo Eugenio Hurtado, quien también se encontraba rumbo a Europa enviado a estudiar por sus padres. Del padre de Hurtado, el Sr. Federico Hurtado se decía que era uno de los adláteres de los haitianos, aunque había razones para creerlo, ya que éste hacía muchos negocios con las autoridades haitianas.

Esta era la razón por la que Juan Pablo Duarte, aunque era un adolescente no lo consideraba como uno de sus amigos verdaderos; esa fue la razón principal para mentirle, cuando éste le preguntó que estudiaría en España y Juan Pablo Duarte, que sin decirle nada a nadie tenía bien claro que allá estudiaría la forma de salir de esa bochornosa ocupación haitiana, aunque era algo que le estaba dando vueltas en la cabeza y necesitaba darle forma. Le contesto: – ¡estudiaré comercio!

En ese momento se acerca a ellos el capitán del barco acompañado de otro señor que llevaba un listado en donde estaban verificando la nacionalidad de cada pasajero que iba en el barco y al acercarse a los dos adolescentes, uno de ellos dijo: –Dos haitianos– y levantó el listado para hacer alguna anotación y en eso Juan Pablo Duarte, le dijo: –“yo soy dominicano”–

Ellos se alejaron con una amplia sonrisa en los labios y las cejas enarcadas. Cuando Juan Pablo volteó la cabeza ya su “amiguito” Hurtado no se veía por ningún lado, Juan Pablo se sonrió y dijo: –Lo sabía, pero ya verán-...

Estando Duarte en España sobrevinieron los hechos de la Revolución de julio de mediados del siglo dieciocho en París, donde el liberal español José de Espronceda se movió sin cesar en las trincheras para permitir que en Francia el liberalismo lograra la victoria contra los

conservadores que propugnaban que los Borbones continuaran con el régimen absolutista.

El pensamiento de Duarte se vigoriza en la veterana Europa, donde los intelectuales saciaban la sed de conocimientos sumidos en las lecturas del período de la Ilustración, de movimientos culturales y de los grandes estilos que surgieron posteriormente.

Cuando Juan Pablo Duarte regresó al país alrededor de seis años después, ya estaba convertido en todo un hombre con muchos conocimientos en filosofía, artes, letras, músicas, esgrima, idiomas, técnica militar y varias ciencias más, pero sobre todo traía clavada en su alma, su cerebro, su corazón y en cada poro de su piel, la firme determinación de liberar su patria de toda dominación extranjera y concederle la nacionalidad dominicana a todos sus hermanos dominicanos.

Los siguientes cinco años, se dedicó con la paciencia de Job a estudiar cada paso y cada debilidad que tenía el gobierno haitiano y cuando decide fundar la “Sociedad Secreta” a los veinticinco años de edad, ya tenía absolutamente planificada toda la estrategia a seguir, desde recaudar fondos, a quienes confiarles los planes, la ocasión para proclamar la independencia, la clase de gobierno a instaurar y el tipo de constitución que nos regiría.

La primera persona que supo de los planes de Juan Pablo Duarte fue su padre, Don Juan José Duarte. Duarte se mantenía en acecho de una oportunidad en que su padre se encontrara solo en el establecimiento comercial y que estuviera en el área de almacén. Aquella tarde pudo lograrlo y en unos minutos le detalló todo su plan. Don Juan José se quedó mudo y le entró un sudor y Duarte le dijo: –Tienes tiempo para pensarlo con calma y luego me dices tú parecer -.

Esa noche Don Juan José no podía conciliar el sueño y daba vueltas y vueltas en la cama, lo que fue notado por Doña Manuela, quien lo atrajo hacia donde ella y con ternura le explicó que si él le decía lo que le estaba pasando la carga entre los dos sería más llevadera y le dio un beso que se prolongó por varios segundos. Don Juan José se sonrió y le contó todos los planes que tenía Juan Pablo en su cabeza.

Doña Manuela quedó atónita, luego sonrió, porque desde que Juan Pablo estaba en el vientre ella sabía que ese niño estaba predestinado para algo grande en la vida.

Y se convencía mes tras mes, que el niño estuvo en su vientre, porque cuando ella le hablaba y este de alguna forma le contestaba, ella se imaginaba que era con pataditas o con las manitas; también supo el día en que el niño iba a nacer, porque se mantuvo inquieto, más de doce horas antes de nacer, luego cuando lo amamantaba éste le apretaba el seno con la boca y la miraba y sonreía con tan solo meses de edad; otro acontecimiento fueron las palomas el día de su bautismo y aquella nube que cubrió la iglesia.

Todos esos pensamientos le pasaron por la mente a Doña Manuela y le dijo a su esposo:

–Recuerda todo lo que te he dicho de Juan Pablo, desde que estaba en el vientre–.

–Así es dijo Juan José –.

Al amanecer después de esa intensa noche reunieron a todos sus hijos e hijas y en su recámara hicieron la reunión familiar donde se explicó todos los planes de Juan Pablo Duarte. También explicaron todo lo que esto significa para la familia y todos los peligros a que se exponían. Todos con mucho entusiasmo dijeron que si, estaban de acuerdo.

Pascual

Rayniel Almonte Berihuete (Pascual) es Licenciado en Educación Física (Graduación octubre 2014), del Recinto Eugenio María de Hostos.

Otros cuentos participantes

Comprometido con la Patria

“Miro la luna y pienso que su hermosura puede ser contemplada aquí y en todos los lugares del mundo, no importa en qué momento, la verán así tan bella como la veo yo”.

Juan Pablo se inundaba en sus pensamientos esa noche, tal como lo hacía a menudo, mientras todos en la casa se afanaban con las labores hogareñas, cuestión que a él nunca le había interesado ni lo más mínimo.

Esa noche las cosas lucían distintas, se respiraba un aire de tranquilidad en el ambiente, él no sabía por qué pero desde el momento en que se había puesto el ocaso, una extraña sensación de comodidad se había adueñado de su cuerpo. El aire soplaba suavemente sobre su ventana, y el cielo mostraba irónicamente su mejor cara. Todos los astros parecían haberse alineado perfectamente para llenarlo de tranquilidad y... luego de unos minutos de meditar el motivo de esta sensación, lo recordó. En ese instante llegó a su mente la razón de su repentina paz. Claro, era de suponerse, no era la primera vez que le había pasado lo mismo, María Antonia había prometido visitarlo esa noche. Esta era su oportunidad, la noche que tanto había estado esperando; lo sabía.

Esto lo ponía nervioso, muy nervioso. En ese momento su tranquilidad flaqueó un poco, no sabía lo que podía esperar de ella, nunca lo supo en realidad. Tanto conocerla y no conocerla lo desorientaba.

María Antonia Bobadilla era la novia de Juan Pablo desde ya hacía unos años, y él se había propuesto desde hace unos cuantos meses entregarle un anillo de compromiso. Lamentablemente nunca lo había hecho porque de alguna manera siempre había algo que se interponía en su camino.

Por otro lado, toda su familia la aceptaba, principalmente su madre, quien lo había ayudado a escoger el anillo, que según él, era tan solo un insignificante símbolo en comparación con ese amor tan grande que él sentía.

Las horas pasaban, y la impaciencia aumentaba considerablemente conforme pasaba el tiempo, hasta que la llamada favorita resonó detrás de la puerta de la habitación:

-¡Juan, te busca Antonia!- Era su madre quien le daba el acostumbrado aviso cada vez que su novia lo visitaba, y a pesar de ser ya una rutina, para él esta noche todo sonaba diferente, especial.

Se dirigió rápidamente hacia la sala y allí estaba ella, más bella que nunca, con un vestido de cuadros rojos, azules y blancos, luciendo como una verdadera princesa. La saludó con un discreto beso en la mejilla, pues algunos miembros de la familia andaban merodeando por los alrededores, y tomó asiento rápidamente a su lado.

- Te ves hermosa hoy - le dijo suavemente, ella sonrió.

Luego de unos minutos que a él le parecieron eternos, se decidió a hacer lo que tanto había estado esperando, se armó de valor, sacó el anillo y pidiéndole que fuera su esposa, lo puso en su mano. Ella se quedó paralizada, y luego de unos segundos por fin le respondió.

- Juan, sabes que te amo y que me casaría contigo una y mil veces, pero tú últimamente estás muy distante desde que se te han metido esas locas ideas de liberación en la cabeza, y la verdad es que me preocupa, te estás deshonrando y a la vez sacrificándote por personas que probablemente ni te lo agradecerán. Tú tienes tantas oportunidades de vivir en Europa a mi lado, de desarrollar tus grandiosas aptitudes y hacerte un gran profesional en el extranjero. Te diré algo, acepto casarme contigo siempre y cuando tú decidas formar una familia a mi lado y dejar atrás esas luchas independentistas que lo único que podrían dejarme sería viuda y grandemente desdichada. ¿Qué me dices, mi amor?

Juan Pablo se quedó paralizado, no podía creer lo que estaba escuchando, como era posible que la mujer que él tanto amaba le pidiera que dejara sus mayores ideales y convicciones para aceptar su propuesta de matrimonio. ¿Cómo escoger entre el amor y la patria? Lo pensó por un momento y luego le respondió.

- En primer lugar yo no me estoy deshonrando, pues vivir sin patria es lo mismo que vivir sin honor y yo lo que más deseo es luchar por esa patria por la cual siento que merece libre. Por otro lado, tú no me puedes pedir que deje atrás mis ideales y me dedique solo a formar

una familia contigo, pues siento que sería un acto egoísta, además de que implicaría olvidarme de las demás familias dominicanas que sufren bajo el yugo haitiano en mi República Dominicana. Para mí la peor prisión es un corazón cerrado, y lamentablemente tú te has encerrado en el individualismo; en cambio yo he optado por luchar a favor del bien común. En mi interior hay algo que siento y es que Dios habrá de concederme bastante fortaleza para no descender a la tumba sin dejar a mi Patria libre, independiente y triunfante. Si no compartes mis ideales creo que lo mejor es que pongamos punto final a esta relación.

Luego de unos minutos en los que ambos permanecieron en silencio, una lágrima cayó de los ojos de Antonia, la que ella enjugó rápidamente dando un leve suspiro. Se puso de pie, y con intenciones de devolver el anillo se acercó ligeramente a Juan extendiendo su mano.

-Consévalo por favor, es un regalo -le dijo Juan.

Ella lo puso en su bolsillo y se retiró, sin decir una sola palabra.

Angelita Franco
Ángela M. Adón Cruz

La Novia de la Libertad

Caía la lluvia, las calles estaban empapadas y no se podía salir de casa. Apolonia Pérez acababa de leer la carta que recibió de su tío materno pidiéndole su ayuda para enseñar a los niños de bajos recursos; pero aun no le cabe en la cabeza, por más vueltas que le da, que es lo que hace su hermano Juan Isidro y sus amigos tanto tiempo en casa de su madre. La Pola se acerca a su madre media confundida y le pregunta: -¿No será que Juani anda en algo raro?-

-¿A qué te refieres hija mía? -Agregó doña Chepita poniéndole mucha atención.

-No es que sea una metida pero Juani tiene unas reuniones medio raras, pueda ser que se meta en problemas-.

-¿Que dices niña! -Susurró- Si permito que se den estas reuniones en mi casa es porque aun mis esperanzas no se han perdido, aun creo en mi Quisqueya, mejor vete a prepararte para la misa de mañana, tenemos que pedirle fuerzas a Dios -.

La Pola intrépida como siempre no está conforme con lo que le dijo su madre. Sus ojos saltones brillaban de curiosidad, estaba muy intrigada y cepillando su pelo decidió espiar a su hermano.

A la mañana siguiente Apolonia está muy pendiente a los movimientos de su hermano. Antes del mediodía empezaron a llegar sus amigos. Le llamó mucho la atención que iban llegando de tres en tres, pasaban a la terraza (un lugar un poco modesto) y se sentaban. La Pola corrió a esconderse detrás de las paredes. Empezó a escuchar a todos citar a coro algo sobre “una república y una insignia tricolor”.

Enseguida que terminó el juramento, Ravelo se puso de pié -¡Nuestro propósito no merece tal deshonra, debemos tener más cuidado al elegir a quienes vamos a conquistar, o se está filtrando la información! Pues fueron apresados dos de los nuestros, ¡Cómo es posible que haya un traidor!- todos se miran asombrados entre sí. -¡Quien sea no merece seguir en la lucha por nuestra soberanía!-

El joven de mirada profunda que está en frente de todos se torna enojado, y se pone de pie. – ¡El traidor, que tenga valor y de paso al frente, si se explica no es que será entendido! -haciendo gestos con las manos exclamó- ¡Pues como es posible que entreguemos en bandeja de plata lo que nos ha costado tanto! ¿Eh?- muy molesto y con un golpe en la mesa fijando la mirada en cada uno de los integrantes y confirmando con la cabeza expuso: -¡Se prohíbe recompensar al traidor y al delator por más que agrade la traición y aun cuando haya justos motivos para agradecer la delación!-¡Nadie va violar nuestro juramento, este país será libre de toda potencia extranjera o se hunde la isla!-

La admiración brota como rayos de sol en los ojos de la Pola, no había visto antes tanta valentía y lo mejor de todo es que comparte sus mismos ideales, no puede dejar de verlo, aun no cree que por fin alguien quiera revelarse después de tantos años que alguien tenga ese amor bravío por su país, bravío como las olas del mar Caribe cuando se aproxima tormenta.

-Todos estamos contigo Juan Pablo- interrumpió Benito para calmar la tensión- está más que claro-.

Es domingo en la mañana, Apolonia se dirige con Doña Chepita y sus hermanos a misa en la Iglesia de Santa Bárbara y de brazo de su hermano mayor Juan Isidro, luce su mejor vestido con la esperanza de ver a Juan Pablo. No prestó ni la mínima atención al Padre, pues, en el tercer banco de la derecha está su valiente héroe. Al terminar la misa los jóvenes se reúnen fuera para saludar y conversar un poco. La Pola ve que se dirige hacia donde está ella con su familia aquel joven que le ha robado la mirada, Juan Pablo. Saluda a Juan Isidro con mucho afecto y caballeroso rinde reverencia a la dama con un beso en la mano. Y graciosamente le dijo: -No eres digno de tener una hermana de belleza celestial-La Pola se quedó sin palabras, sentía en su corazón las campanadas de la iglesia resonando sin control. Ruborizada y con voz casi inaudible le contestó -Gracias-

La alegría duró poco, cuando se acercaron a la iglesia unos militares haitianos “a poner orden”. La furia inundó como torrentes de agua la mirada de Juan Pablo cuando vio a un general de brigada haitiana empujar a su hermana Rosa. La Sra. Manuela notó la ira de su hijo y se lo llevó de allí con temor a que le apresaran. Aun no estaban preparados para poner resistencia. -¡Que Dios proteja a nuestros hijos! Le susurró la Sra. Manuela a Doña Chepita -¡Lo hará porque Él sabe que su causa es justa!, respondió ésta fijando los ojos al cielo.

Continúan las reuniones secretas en casa de Doña Chepa, ahora con más fuerza de voluntad se recauda más información y se conquistan más jóvenes. La Pola ha escuchado a Juani decir a su madre que cada vez los Trinitarios son más, lo que le da mucha alegría. Sobre todo, sigue espiando a su amado en secreto convirtiéndose en los oídos de las paredes para escuchar su voz, admira a su “JuanPa” en silencio. De día piensa en él y de noche sueña con él; los domingos se ha vuelto costumbre que tome su mano al saludarla. Piensa que ha conocido al hombre ideal: valiente, honrado, caballero, leal, respetuoso y que lucha por su sueño, que es el mismo de la criolla y su familia. En cada una de las reuniones utiliza como pretexto servir agua a los huéspedes de su hermano, solo para que la nobleza de la sonrisa de Juan Pablo, su héroe, la ilumine.

Amaneció un espléndido día y resplandece la calle El Arquillo. La bella Apolonia quiso ir a disfrutar del hermoso sol y del paisaje del río para despejar el calor, muy complacida con los pies descalzos metidos en las cristalinas aguas del río Ozama sentada sobre una piedra, los cálidos rayos del sol entre las sombras juegan con sus rizos.

-¡Hola!- le saludan desde lejos y voltea la cabeza buscando el autor de esa voz que le parece tan conocida. ¡Que sorpresa! Era su valiente JuanPa. Se secó el sudor que corría por su frente y se sentó al lado de la muchacha, que tanto anhelaba un momento como ese, aunque el joven lo desconocía totalmente.

-¿Eres la hermanita de Juan Isidro verdad?- le preguntó Juan Pablo sorprendido de encontrársela por esos rumbos sola- ¿Qué haces por aquí?-

-Sí, soy la hermana, no la hermanita- respondió con ironía -¿Y tú que haces?-

-¡Ah!, me gusta aprovechar el silencio del río para escribir lo que pienso- agregó Juan Pablo -¿Quieres ver?- dijo ignorando el júbilo de su acompañante.

El sol ardía en cada diminuta hoja de las palmeras, desde los matorrales hasta las piedras más pequeñas. Y mientras Juan Pablo le leía a la Pola sus pensamientos, ella le escuchaba y se dio cuenta de que no cabía en su corazón. Todo su amor estaba puesto en su patria. El sentimiento a su nación estaba primero que todo, que su familia, hasta que

su propia persona. En un momento ambos se quedaron contemplando la hermosura del Ozama.

-¡Así debe ser la libertad!- exclamó la Pola -¡Pura y simple como el agua del río y a la que todos tenemos derecho!

-¡Ser justos lo primero, si queréis ser felices. Ese es el primer deber del hombre; y ser unidos, y así apagaréis la tea de la discordia y venceréis a vuestros enemigos y la patria será libre y salva. Yo obtendré la mayor recompensa, la única a que aspiro, a veros libres, felices, independientes y tranquilos!, agregó Juan Pablo con las más sinceras ansias -¡Mi gran amor, mi Quisquilla la bella, por la que quiero luchar! ¡Hasta que no libere a mi nación del yugo haitiano no tendré vida!

Después de un buen rato de conversar y medio inconforme porque sabe que nunca va a ser correspondida, Apolonia regresa a su casa, sabe que lo único que la une a su JuanPa es el amor a la nación.

-¡Amor en silencio, es vivir un momento a tiempo, amor en silencio, es sin un beso amar, solo un alma desnuda y sádica lo puede lograr!- Exclamó está en su habitación, pues mañana partiría a la ciudad de Moca a cumplir con su tío sin decir lo que siente.

Esa era la última reunión que iba a espiar la Pola. Cuando esta terminó se acercó a Juan Pablo.

-Léelo inmediatamente llegues a tu casa, mañana iré a cumplir con mi tío; nunca voy a olvidar tus ojos que inspiran confianza a este pueblo bendito y esa nobleza que te caracteriza- Y tímidamente con un abrazo se despidió.

De regreso a su casa Juan Pablo pasó a su habitación, se recostó y apresurado abrió la carta que poseía el grato y agradable perfume de la señorita, decía:

“Nunca me atreví a darte una señal de mi devoción por ti, sé que no me hubieras correspondido, pues primero están tus ideales y el deseo de librar a nuestro pueblo. Esto es lo único que compartimos, el amor a nuestra nación. Debes saber que eres el hombre perfecto para el matrimonio, que bueno que todas tus energías y nobleza se presten para la libertad e independencia de nuestra gente. Sé que lo lograrás, con la

ayuda de mi hermano Juan Isidro y mi entregada madre que cree en ti sé que van a triunfar. Mañana me voy pero tal vez regrese cuando seamos libres para que me cuentes todo lo que pasó a orillas del Ozama. Tal vez nunca fui tu novia, ni lo seré pero desde hoy y en mi mente seré La novia de la Libertad de mi Quisquilla la bella. Te admiré en silencio, te amé entre las sombras y siempre te amaré.

Mi héroe, mi mártir, mi amor, mi noble caballero, el libertador de mi alma”

Apolonia Pérez.

Golondrina Maquiavélica 06

Mileysis J. Medina R.

Corazón y Patria

Era una mañana tibia de 1843. El joven Duarte decidió pasar por la iglesia para orar y poner en manos de Dios el futuro de la República, que ya había nacido en su corazón.

Después de pedir fuerzas y perdón decidió salir a dar un paseo, forjado a respirar aquel pesado aire de la sujeción. Caminaba ignorante de lo que iba a traer el día, entregado sólo a una causa, fiel a su objetivo, pero se desorientó al ver a aquella mulata de cabellos alborotados, una silueta sexy calcada en el aire, una piel limpia como el pensamiento de un inocente, un cuerpo hermoso tapado por un vestido rosa. El joven Duarte cerró los ojos por un rato, sabía que debía huir de aquella distracción, pero más que distracción aquella joven era el perfecto polo opuesto que lo atrajo hacia ella más por voluntad del corazón que de la física. Caminó unos tres metros con los ojos cerrados y cuando los abrió encontró una mirada descansando sobre él.

-¿Estás practicando para ser ciego?- dijo ella con una risa envuelta en un acento francés.

El joven Duarte armonizó sus oídos con sus ojos al escuchar aquel sonido, una voz tan dulce que parecía ser el sabor de los ojos color miel que adornaban la cara de esa hermosa mujer.

-No, solo trataba de huir- dijo él mirándola fijo a los ojos.

Ambos se quedaron absortos el uno en el otro por un buen rato. Ella rompió el silencio con una carcajada.

-¿De mí?- dijo- pero si apenas me conoces, no sabía que daba una tan mala primera impresión-.

-Posiblemente sea la buena impresión que das, la que provoque que quiera huir, todos sabemos dónde es que está el peligro-.

-Ah, me retracto entonces, aunque posiblemente no sea tan peligrosa como la confianza ¿señor?

- Juan Pablo Duarte. ¿Y usted señorita, como se llama?

-Lorraine Aubriot.

-Sabe que me confunde, pues usted tiene un acento muy francés pero...

-Pero mi madre es haitiana, mi padre es francés y yo me crie con mis abuelos paternos

-Ah.

-Un placer Señor Duarte, ha llegado el momento de irme, posiblemente nuestras miradas se vuelvan a cruzar algún día.

-Estaré soñando con ese día, dijo el joven Duarte entre dientes sin que Lorraine escuche.

Ella se fue caminando con pasos suaves mientras él la miraba soñando que diera media vuelta. Cuando llegó a la esquina en la que debía doblar, Lorraine volvió la vista hacia el joven y le regaló una sonrisa.

Sin comentario sobre el tema pasaron los días. El joven Duarte prefirió mantener aquel encuentro en secreto pues aunque en él había nacido algo muy puro, la realidad no era tan sutil y no tuvo más remedio que aceptar que Lorraine pertenecía a sus opresores. Pero el amor no es más que una contradicción con el mundo, un demonio que te ilusiona diciéndote que las cosas pueden ser diferentes, un titiritero que te arrastra hasta allí, a donde sabes que no puedes ir.

El joven Duarte caminaba sin rumbo todos los días buscándola entre las caras, tantos rostros caminando por el aire, pero ninguno coincidía con Lorraine. Se sentó a orillas del río Ozama, ya resignado a encontrarla, además sabía que era mejor así pues en ese momento se estaba cocinando el derrocamiento de Boyer y debía prepararse para ser libre.

Los trinitarios debían reunirse al caer la noche para lo que solo faltaban unas horas, cuando el joven Duarte disponía levantarse para prepararse, apareció ella, Lorraine.

-Hola Juan Pablo, dijo ella parada a sus espaldas.

El joven Duarte duró un momento para responder el saludo, cerró los ojos y respiró profundo en una queja con el destino.

-Hola Lorraine, dijo él volviéndose a ella.

-No sabía que iba a ser tan difícil volver a encontrarme contigo, dijo ella mientras se sentaba a su vera, pero aquí estamos reunidos gracias a la coincidencia.

-Entonces fue la coincidencia la que te trajo hasta aquí.

- Más bien la desesperación-.

El joven Duarte sabía que debía dejarla e irse a donde pertenecía, a su grupo de trinitarios, pero ¿cómo resistirse al amor cuando lo tienes en frente? ¿Cómo huir del titiritero? Después de un mágico silencio mirándola a los ojos puso su mano derecha en el rostro de Lorraine y dejándose manipular por el amor, la besó. Ella se durmió en ese beso y soñó con un futuro feliz.

-¿Qué edad tienes?, preguntó el joven.

-Veinte, pero aun así estoy huyendo de mi padre y creo que debo irme para no alarmarlo más- .

La joven se levantó para emprender la marcha.

-Pero... ¿Cuándo nos volveremos a ver?

-Ven dentro de una semana a esta misma hora en este mismo lugar- .

El joven Duarte asintió con la cabeza y se recostó en el suelo con una sonrisa dolorosa pero placentera.

El derrocamiento de Boyer se convirtió en hecho, las semanas pasaron, el joven Duarte y Lorraine se veían una vez por semana sin fallar nunca. Duarte nunca habló de ella aunque la amaba, ni a ella le habla sobre sus ideales patriótico pues tenía temor de perder a uno de los dos. Cuando empezaron las persecuciones de Hérard, Duarte tuvo que cambiar el lugar para verse con Lorraine hasta que llegó lo inevitable.

El joven Duarte tuvo una visita inesperada de Sánchez a finales de julio.

-Las cosas están difíciles compadre- dijo Sánchez poniendo su mano sobre el hombro de Duarte.

-Sí, lo sé.

-No podemos permitir que nuestra idea muera o quede cautiva.

-No compadre, debemos luchar para que cada día sea más fuerte.

-Si compadre, porque si muere, mueren los sueños, si se encarcela la idea se apresia el alma.

-Tenga fe compadre que nuestra idea triunfará.

-Si compadre, nuestra idea triunfará... y nuestra idea es usted-.

El joven Duarte retuvo sus palabras y miró fijo a los ojos a su compañero.

-¿Cómo van las cosas?, siguió Sánchez. Usted tendrá que partir compadre.

-No, yo debo mantenerme en la lucha contra el gobierno haitiano.

-Comprendo su interés, pero lo mejor para este pueblo es que la idea siga viva, sin sus ideales, sin su esfuerzo este avance no se habría logrado. Ya sabe que el aire está caliente, debemos protegerlo para demostrar que nuestra idea es fuerte.

-Pero no puedo huir de mi causa así como así.

-No, usted no huye, nosotros le protegemos, en la madrugada de pasado mañana una goleta le estará esperando, yo me encargaré de que los trámites para la independencia sigan funcionando -.

El joven Duarte no quería partir, pero pudo comprender la razón de Sánchez.

Al día siguiente se encontró con Lorraine. Fue un encuentro muy fugaz.

-Mi padre me quiere llevar de regreso a Francia, dijo Lorraine.

-¿Y qué harás?

- Me iré y quiero que tú vengas conmigo. Duarte la miró con un silencio triste.

-En la madrugada de mañana te esperaré en el puerto, siguió ella.

-Pero, ¿pero, por qué te vas?-

-Sabes que aquí las cosas no están muy bien, supe que un grupo llamado Trinitarios quiere la independencia, por eso mi padre quiere irse, pues siempre hay derramamiento de sangre y guerra.

El joven Duarte la abrazó sin decir palabras.

-Te espero mañana, siguió Lorraine y luego se marchó rápidamente.

Las decisiones correctas son aquellas que afectan al mayor número de personas. Duarte sabía cuál era la correcta, pues no podía desbaratar la fe que había inspirado en todo un pueblo. Al día siguiente Lorraine partió a Francia atrapada por una desilusión de esas que no se curan. Por otra parte, el joven Duarte partió a Curazao, mirando su tierra alejarse entre las olas y pensando si algún día la coincidencia volvería a arrastrarlo hacia Lorraine con una nueva oportunidad, sin que tuviera que tragarse sus sentimientos. Una lágrima que caminó por su mejilla fue su única confesión. Nadie supo el verdadero sacrificio que Duarte hizo por la patria.

Regina

Mairenie Ruiz Escaño

Duarte es mi vocación

Mientras disfrutaba del más succulento café que se había preparado en la cafetería de Doña Filoria, en mi corazón un apretón sentí y en mi mente aquellos recuerdos de mi juventud pasaban como una película cinematográfica. Aquellos recuerdos, no sé qué tan buenos o malos tiempos eran aquellos, pero de algo si estoy segura y es que aquel hombre me enseñó que en la vida hay que luchar por lo que se quiere.

En mis recuerdos fluían los sucesos de aquella noche de mi graduación, cuando se terminaba la fiesta y mis compañeros se marchaban a sus respectivos hogares. Al cabo de un rato caminé hacia la puerta del Conde con María Antonieta, mi mejor amiga en mis días de liceo. Al llegar allá nos sentamos en el suelo como dos niñas cansadas de jugar. Ella había tomado un poco de alcohol y se sentía mal, entonces decidió darle fin a la celebración e irse a su casa, con un beso en la mejilla y un abrazo muy fuerte se despidió.

A los cinco minutos de que María Antonieta me privara de su presencia, un señor se me acercaba por la derecha. Me encontraba muy nerviosa, pues no sabía quién era ese señor. Aparentaba unos ochenta y tres años y mientras más se me acercaba, más me parecía familiar su rostro. No obstante, me sentía un poco incómoda, pues a esta hora no era bien visto que los ancianos estuvieran en la calle. Al llegar ese señor a mi lado dijo:

-Hola, ¡buenas noches!

-¡Buenas noches! –le contesté.

Se le veía muy cansado, entonces decidí ofrecerle asiento. Siempre tuve la preferencia de sentarme a charlar con los ancianos del vecindario, donde vivía de niña con mi abuela. Al sentarse me miró y con una voz cansada dijo:

-¿Son ideas más o te noto un poco preocupada? Supongo que es por no tener una idea clara de lo que vas a estudiar en la universidad... quizás te sientas confundida o ¿será qué no sientes alguna vocación?

¡Jamás imaginé que me diría eso! Pero en realidad esa era la verdad,

aun no sabía lo que quería estudiar en la universidad. Es sumamente complicado para una joven como yo, con veinte años de edad y aun no tener vocación.

El señor empezó a contarme de cuando él era joven con un tono de nostalgia.

– De niño vivía con mis diez hermanos y hermanas en la casa de mis padres, Juan José Duarte Rodríguez y Manuela Diez Jiménez. En ese tiempo mi familia era de una buena posición social, mi padre era un próspero empresario español. Como todo niño estudié en la escuela, el Profesor Manuel Aybar fue mi primer modelo de enseñanza. Me enseñó tantas cosas que me ayudaron en toda mi vida, cosas como la lectura, escritura, gramática y aritmética.

A mis veinte y tres años de edad estuve en el extranjero, específicamente en Inglaterra, Francia y España. Por asuntos académicos, cuando volví a mi hermoso país, me encuentro con una situación represiva, dependencia total y con unos gobernantes ilícitos. Ya después de haber visto las libertades, leyes e independencia y la época de la Ilustración, no podía dar mejor respuesta a la pregunta que me hicieron mis familiares cuando acababa de llegar de Europa.

Lo que el señor me estaba contando me parecía interesante, pero aun no sabía en qué me iba a ayudar para descubrir mi vocación. Con mucho interés continué prestando atención.

Sentía que no podía quedarme con los brazos cruzados al ver tal situación. Entonces empecé por hacer la diferencia y fundé una sociedad que fue el comienzo de una nueva patria. Tuve que crear varios movimientos para poder lograr mi objetivo, los bienes de mi familia fueron una gran inversión para mi país. Aquí mismo, en la Puerta del Conde fue donde todo se proclamó.

Él me miraba mientras me narraba su vida. Ya no sabía que pensar, pues lo que él me estaba diciendo, al parecer no era de esta época. Era realmente extraña, me parecía un cuento imaginario de él, quizás por su edad, ya no podía discernir claramente y confundía los hechos. Pero aun así me estaba motivando a elegir alguna carrera.

El señor cesó de contarme la historia de su vida y luego de un breve descanso para recuperar la fuerza perdida de tanto hablar conmigo, me dijo:

“Todo en la vida pasa, pero lo que realmente nunca pasa es la enseñanza que le puedas dejar a la nueva generación”. Por eso es que no importa lo que tengas que luchar para lograr ser alguien en la vida, debes intentarlo y ayudar a aquellos que lo necesiten, porque nunca sabrás quien podrá ayudarte cuando tu más lo necesites.

Luego de estas palabras me quedé pensando cómo podría yo dar mi mejor ejemplo para una sociedad llena de valores y una república libre de la ignorancia. Entonces me decidí y elegí esa carrera que me serviría de vocación para devolverle a mi querida República Dominicana las tantas oportunidades que me ha ofrecido.

El señor trató de ponerse de pie y cortésmente le ayudé a pararse, me dijo que se tenía que marchar porque ya era muy tarde, entonces le dije que lo acompañaría a su casa y asentó con la cabeza en señal de aprobación. Cuando íbamos caminando empezó a aparecer una ligera neblina, de repente recordé que no sabía el nombre del aquel tan amable señor y le pregunte, pero la neblina se hacía cada vez más intensa y ya casi no podía ver al señor cuando me dijo: “Mi nombre es Juan Pablo. Cuídate y recuerda sé un modelo a seguir”.

Me quedé sumamente sorprendida, no podía creer que el mismo Juan Pablo Duarte me hubiera honrado y bendecido con su presencia.

Después de esa noche de bendición, me dediqué a estudiar educación y descubrí mi vocación, ahora como maestra puedo ser un modelo a seguir como lo es Juan Pablo Duarte.

Gracias a aquel honorable señor que luchó con su vida para darnos la libertad y hoy poder decir “soy dominicana”, es un orgullo para mí. Por ello debemos seguir sus enseñanzas y así tendremos un país mejor, más unido, más laborioso, más honesto, más justo, pero sobretodo más independiente. Tal como lo soñó él y por lo cual lo sacrificó todo. Ahora con mi café en alto brindo por aquel, tan valioso hombre y padre de la patria, Juan Pablo Duarte, para que Dios bendiga la República Dominicana como él así lo quiso. Desde aquella noche siento que Duarte vive en mí.

Rose Ángel

Yermi Francisca García Aguiló

Profecía de un hombre extraordinario

-¡Morirá! ¡Morirá!, exclamó Boyer.

Yo, Mema, lo oí, cuando Boyer exclamó estas palabras. Me aterró su expresión al masticar con rabia entre sus dientes estas palabras. Sus ojos se abrieron en demasía, con fuego y furia. Yo observaba desde el tronco de un árbol de palma, casi seca, por la falta de lluvia que, en aquel verano de un calor sofocante asfixiante, mantenía todo árbol pálido, sin fuerza.

Cuando Boyer silbó a sus hombres, un sudor frío corrió por mis sienes y rápidamente me encontré empapada de sudor. Mis senos, mis pequeños senos, sin desarrollar aún, estaban empapados de ese sudor frío. Apenas tenía nueve años, al menos eso creo, si mal no recuerdo, para presenciar una muerte que se aproximaba. Era la de mi padre, Alfonso Rodríguez Sepúlveda. Un hombre tan bueno, puro y trabajador. Sabía que lo matarían. ¿Por qué habló así del gobierno haitiano en público, y, delante de ese déspota, Boyer? Pero fueron esos guardias que lo provocaron, el simplemente vendía sus víveres en su carreta, el guardia le arrebató un manojo y lo pateó. A mi padre no le gustaban los abusos, más aun, cuando se trataba del sudor de su frente.

Mi nombre de pila es Emma Rodríguez, no sé porque me apodaban Mema. Me sentía enternecida cuando alguien me llamaba por mi apodo, en especial mi madre, Sofía Martínez de Rodríguez. Era la mujer más hermosa de toda de la tierra. El único que me llamaba por mi nombre era mi padre, hombre de un aspecto sereno, de frente chata y de buches exagerados. Siempre se quejaba por la miseria, y decía que ésta solo se redime con el trabajo serio y constante. A pesar de su aspecto sereno, seco en el cariño, era un hombre bueno, de piedad para con los suyos y los vecinos.

Cuando me corregía, nunca levantó la voz, lo hacía con respeto y temple. Además nunca golpeó a mi madre, y cuando algo andaba mal entre ellos, optaba por el diálogo. Era pobre pero educado, aunque seco para conmigo. Una vez, mamá me pegó por dejar caer una vasija de barro con la que jugaba tirándola hacia arriba. Corrí llorando hacia el patio de la casa, de la pequeña y pobre casa. Mi padre me vio llorar mientras

el rociaba saliva de tabaco a un gallo al cual le llamaba “El Papitín”. Al verme llorar soltó el gallo y lo entró en el rejón y acudió a mí.

Me abrazó, besó y me pasaba las manos ásperas y con cayos sobre mi cabello. No recuerdo otro momento más feliz con mi padre, creo que ese sería el último; lo dije por la forma en que Boyer se dirigía hacia él. ¡Lo matará! Sé que Boyer es un haitiano despiadado. Una multitud se asoma al frente del Convento de los Dominicos, que era donde sucedió todo esto. A Boyer le gustaba que los dominicanos presenciáramos sus actos brutales para implantar terror en nosotros. Boyer se paró al frente de mi padre, el cual lo miraba con la repugnancia con que se mira el estiércol humano. Boyer le golpeó la cabeza con el mayor del revólver. Temblé. Saqué una cruz de palo que llevaba, me persigné y miré a los cielos.

-Repite, le gritaba Boyer, pateándole en el estómago. Si eres tan valiente ¿Por qué no repites?

Los demás haitianos se mofaban de estas cosas.

Mi padre se levantó, con honor, miró a todos alrededor y repitió lo que le dijo. El guardia robó el manajo.

-¡Malditos haitianos del diablo! ¡Abusadores! No veo el día que se larguen de estas tierras, y nosotros podamos ser libres de estos ladrones, saqueadores, sin vergüenza. -y añadió, mirándome a mí, su hija, que me asomaba a la multitud. Lágrimas brotaron de sus ojos. ¡Dios cuida a mi familia!

Boyer quedó boquiabierto, inundado en ira y vergüenza a la vez, sus ojos se llenaron de tanto furor que no hace falta decir lo que le sobrevinía a mi padre. Yo quedé inerte. El horror y la impotencia se apoderaron de mí. Apreté la cruz de palo mientras Boyer apuntó con el revólver a mi padre, cuando puso el dedo índice sobre gatillo, se escuchó una voz desde la multitud:

-¿Por qué no dejas a ese pobre viejo en paz?

Era un hombre joven, de algunos veinte años de edad o menos, si no me equivoco. Tenía la mirada serena, pero por dentro se veía que ardía en cólera. Ese temple de hombre decidido a lo que sea con la autoridades haitianas lo hacía más hermoso de lo que era. Tenía bigotes ne-

gros que hacían contraste con su tez suave y sus cabellos tupidos. En fin, su presencia irradiaba majestad. ¡Ah! De pronto me di cuenta que era Juan Pablo, Juan Pablo Duarte, el hijo de Doña Manuela, amiga entrañable de mi madre. No sabía que ese hombre era tan valiente.

-¿No ves que ese hombre solo está buscando el pan de cada día?, continuó Duarte diciendo con plena convicción. – y si has de matar a alguien, mátame a mí en vez de a él.

Boyer se volvió al joven valiente; los demás guardias estaban asombrados de la valentía de este.

-Y, a ti, ¿quién te nombró de Mesías sobre este hombre?- le preguntó Boyer, con la arrogancia que a algunos hombres les otorga el poder, dirigiéndose suavemente hacia Duarte, ¿o acaso no está prohibido hablar en contra del excelentísimo gobierno haitiano? ¿Eres tú el único que no lo sabía?

- Lo sé, le respondió Duarte con firmeza, pero sus guardias le ofendieron primero. Le robaron un manojito de víveres, luego lo patearon ¿o, acaso, somos nosotros animales?

-Si dices una palabra más, le dijo Boyer con determinación, te pegó un tiro. Nosotros somos la autoridad.

Boyer le puso la punta del revolver en la frente. Duarte tragó en seco; cierta impotencia le oprimía, la piel de su rostro le temblaba, apretaba sus puños con intensidad hasta maltratarse. Sudor, mucho sudor, corría por su sien.

Boyer bajó la pistola.

-Vete, le dijo a Duarte, y ten mucho cuidado que te tengo en la mira ¿crees que no me han hablado de ti? Ten cuidado con tu valentía, que en otra morirás, diciendo estas últimas palabras pasándose el dedo índice sobre el cuello-.

Boyer cabalgó sobre su yegua, la cual llamaba Tatiana. Sobre este animal se decía que también era su amante. Se marchó mirando a Duarte con unos ojos amenazante. No lo mató por falta de razones, y la razón en verdad no le importaba para matar, ya que no lo hizo por la multitud y así no levantar rencillas hacia el entre los dominicanos.

Esto ocurrió si mal no recuerdo, el nueve de agosto del mil ochocientos treinta; y ¿quien diría, de los infantes como yo, que aquel hombre fue el mismo que, catorce años más tarde, en mil ochocientos cuarenta y cuatro se convertiría en el padre y fundador de la República Dominicana? Aquel 27 de Febrero, pude escuchar en mi vecindad que al fin éramos libres, libres de toda dominación extranjera.

¡Viva Duarte! ¡Viva la República Dominicana!

Longevidad de los Sueños

Que maravilloso es escribir y que difícil resulta algunas veces hacerlo.

Cada noche pensaba en aquel momento. Estaba seguro que mis sueños significaban algo, algo que me llevara a lograr la libertad. Esa noche me acosté temprano, la poca luz que destellaba aquella lámpara agotada ya de cansancio, penetraba en mis ojos y los adormecía. Entré al cuarto y me alisté para dormir. Me acosté en la cama, cerré mis ojos y caí rendido en un sueño profundo, sueño que me atraía como un imán invisible a la realidad, todo pasaba tan pronto que al principio ni yo mismo entendía.

Aquel sueño lo visualicé de diferentes formas, francamente no notaba el paso de la horas y me angustiaba tanto pensar como resolvería verme libre. Es una explicación bastante larga que recorreríamos todo el mundo contándola y no acabaríamos nunca. Lo que pasamos, lo que vivimos, es algo que mientras más pasa el tiempo más recuerdos llegan a nuestras mentes y nos hacen estremecer el alma.

Siempre he sido una persona de buenas costumbres, pero entendía que para vivir una vida plena y alcanzar mis propósitos no hacía falta poner mis atributos y virtudes manifiestos en forma notable o exagerada.

En la mañana me desperté antes de que el sol interrumpiera mis sueños. Como siempre, me dispuse a preparar el café casero que me recordaba a mi madre. Listo ya, me dirigía al frente de la casa y al sentarme en aquella mecedora vieja, pero cómoda, pensaba en tantas cosas. Miré el reloj, eran las siete de la mañana, entré en mi casa sumido en profunda perplejidad pues veía venir vientos de destrucción hacia mi patria, mi mente, mi espíritu humanista y vigoroso de libertad me pedía luchar por mi tierra amada, por mí, por ver la República Dominicana libre e independiente. A pesar de que todo se veía perdido siempre me mantuve firme pensando en aquel momento de independencia que no solo yo anhelaba sino, mis demás compatriotas los cuales con gran empeño me seguían, aun estando yo en tierras lejanas.

Regresé a mi habitación, abrí aquel baúl viejo donde guardaba todas mis pertenencias de valor, alcé con fuerza para abrirlo, esperando encontrar algo que me guiara la visión. Ahí dentro vi unos recuadros azules y rojos, colores que estaban desvaídos en toda la superficie de la tela, pero de manera inexplicable, conservaban su frescura y su brillo con un aura muy especial.

Con mi mirada fija en aquella bandera pude plasmar mis ideas y principios en los demás. No fue nada fácil, pero me sirvió de ayuda. Siempre me dije: “Dios ha de concederme bastante fortaleza para no descender a la tumba sin dejar a mi Patria libre, independiente y soberana”. Fue entonces cuando escuché aquella voz, tenue, limpia y con deseos anhelos de libertad, que me decía: “Despierta, abre los ojos y no entres en confusión, mira a tu alrededor, el país está consumido y deteriorado, necesita de alguien como tú para ser libre, libertad que solo con tu valentía y proeza se puede lograr, lo mejor de todo esto es la victoria del mañana, sin olvidar que tienes que luchar hoy.

En realidad, son varios los sucesos que he visto pasar por mi mente desde que era tan solo un niño. Pero veo una razón lógica para que mis pensamientos se vean reflejados en mi comportamiento. Creo que es algo que va mucho más allá del honor, es la suma de todos los valores conjugados entre sí, pero no hay que confundirlos con el orgullo.

La misma noche de ese día me dispuse a volver a mi país, motivado por aquel pensamiento que resonaba cada vez más en mi mente. Me veía llegar y ser recibido por aquellos compatriotas que tenía largo tiempo sin verlos.

Pensaba minuciosamente qué hacer cuando llegara a mi tierra. Tenía que disponerme a encontrarle el lugar indicado al movimiento “La Trinitaria”, ya que desde otras tierras, en mi larga lucha y búsqueda hice muchas alianzas. Teniendo la necesidad de cubrir y preservar la vida de mis compañeros que me ayudarían a impulsar la libertad.

En el camino pensé tantas cosas, mis sueños tan extraños pero reales, era como si todo se pusiere de acuerdo para llevarme de brazos en mi largo camino. Lo mejor de todo fue al llegar la mañana, ver salir el sol, bello y resplandeciente. Pisar mi tierra, sentir aquella brisa que tocaba suavemente mi cuerpo. Es una experiencia que anhelaba volver a sentir.

Al llegar, comencé a caminar. Cuando me dirigía a ir a la casa de uno de mis amigos, guiado por el instinto rompí camino, y a lo lejos veía una callejuela que se enroscaba por la falda de la colina en la que se asentaba el barrio viejo de la ciudad. De repente, pensé ir en búsqueda de un lugar donde podría utilizarlo como guarida y hacer reuniones clandestinas.

Hacia la mitad de la calle descubrí una hermosa casa, su fachada era de piedra y los marcos de la puerta y las ventanas estaban pintadas de color marrón oscuro. No vi a nadie en el interior, así que empecé a recorrer con la mirada todo a mi alrededor. No buscaba nada en particular, pero ver aquella fachada y sobre todo segura, me motivo a querer comprarla.

Alguien habló a mis espaldas y al voltear se trataba de una anciana que vivía al frente quien habría puesto su vivienda en venta. Se trataba de Josefa Antonia Pérez de la Paz, quien cariñosamente era llamada “Chepita”. Después de saludarnos, nos dirigimos a su casa a tomarnos un té. Doña Chepita era una mujer muy cristiana y con una fe que sobrepasaba los montes de aquel pueblo, resplandeciente de extraordinarios valores y entereza, no vaciló en proporcionar su casa para que fuera el escenario donde se fundara “La Trinitaria”. Después de hablar un poco y conocernos, resolvimos un trato donde Doña Chepita ignoró totalmente el peligro y se unió a nosotros. Ya me sentía feliz de tener un lugar para iniciar mi lucha.

Es indudable que mi llegada abrió nuevas y amplias perspectivas. Días después, en aquella tarde, esperaba con ansias reunirme con mis compañeros. Al caer la noche nos reunimos y dejamos constituida nuestra sociedad secreta, compuesta por tres grupos, cada uno con su lema; las sacrosantas palabras de Dios, Patria y Libertad.

Doña Chepita se convirtió en la primera de las comunicadas. Su tarea era vigilar la calle mientras “La Trinitaria” se reunía. Asumió todo el riesgo que implicaba colaborar con nosotros. A pesar de tener poco tiempo conociéndola, me inspiraba mucha confianza. Fue una mujer excelsa y valiente, que creyó firmemente en mis ideales.

A cien metros de la casa donde nos reuníamos un fuerte estruendo se escuchó alrededor de las diez menos cuarto, corriendo, Doña Chepita entró a la casa y nos informó que militares haitianos estaban en nuestra búsqueda. Dado el carácter absolutista del gobierno de Boyer,

crear una organización clandestina era casi imposible, tanto así, que me vi forzado a disolver tal movimiento y formar la sociedad “La Filantrópica”, que a través de manifestaciones teatrales realizaba propagandas, ya que el gobierno opositor quiso romper con este movimiento.

Al amanecer, el cielo se nubló. Había una niebla muy espesa y fría que poco a poco se iba acrecentando. Cerré la puerta y bajé las escaleras, con mi maleta en mano me dispuse a salir del país, mi mirada puesta en Caracas, Venezuela. Pensé que encontraría ayuda de aquellas tierras, pues ya no podía durar un momento más en mi país. En Caracas resolví reunirme con el jefe de gobierno. Éste me prometió todo tipo de ayudas, pero las promesas nunca se cumplieron.

Semanas después, en fecha 15 de diciembre de 1843, recibí una carta firmada por mi hermano Vicente Celestino y Sánchez, donde reclamaban urgentes auxilios, y que necesitaban con carácter de urgencia dinero y armas. Lo que más me alentaba era poder leer que después de mi partida todo había sido favorable para lograr la independencia. Lo único que entristecía mi rostro era no encontrar ayuda. Esto imposibilitaba mi regreso. No obstante, seguía en pos de lucha aun estando lejos. Pasaron los días y al fin conseguí las ayudas necesarias para enviarlas a mi tierra.

Abrumado por el cansancio y un dolor terrible en mi cuerpo, sentía cuchilladas en mi espalda. Los brazos me pesaban como rocas, tome un té e inmediatamente me quedé dormido. Desperté como a las siete y treinta de la mañana, atacado por la luz fluorescente del sol que se asomaba por la ventana de mi habitación. Me propuse hacer la misma rutina de siempre, pero mi cuerpo me lo impedía. Fue entonces cuando noté que estaba enfermo. Esta enfermedad repentina me obligó a permanecer en otras tierras y leer las cartas de mis compatriotas que con mucha alegría me escribían de los importantes acontecimientos y logros que obtenían en las batallas.

Nunca he pensado en cómo voy a morir. Nunca me he planteado la posibilidad de morir joven y derrotado, pero antes de morir tengo que ver mi país libre e independiente.

Así pasaron varios días con sus noches. No aguantaba las ansias de acompañar a mis compatriotas a librar aquella batalla. Fue entonces cuando salí de aquel país, tomando la primera embarcación que salía a tierras dominicanas. Faltaban aún varios kilómetros para concluir el

viaje. A mí llegada, la batalla se estaba librando. A decir verdad, la más importante de todas se libraba esa tarde, no sentía miedo, pues mi ardua lucha demostró que con valentía se pueden lograr muchas cosas.

Los sueños, dicen tener un significado, eso es lo que muchos creemos; que son mensajes de nuestro subconsciente o de otras personas, vivas o no, incluso que son anticipaciones de nuestro futuro.

No podía creer lo que mis ojos veían, era tan real que lo podía sentir en mis brazos sosteniendo aquella asta y ver ondear aquella bandera destellando paz y libertad. Sentía su aroma tan cerca, un aroma distinto al que sentía. Era algo nuevo, ahora sé que es real, pero saberlo no es igual que creerlo y sentirlo. Libertad, una vez más escrita. Creo en ella como saber que Dios existe en nuestro lema “Dios, Patria y Libertad”.

Propulsar la paz, la igualdad, la soberanía y la armonía entre los dominicanos fue mi gran legado. Olvidarme de mí mismo y pensar en los demás me impulsó a tomar decisiones. Las cuales doscientos años después, desde este lugar maravilloso en el que me encuentro, veo cómo millones de personas honran la Patria Dominicana por la cual luché.

Vislumbrar esa separación de Haití, plasmó en mí una victoria segura. Mis ideas han terminado por hoy, pero permanecerán como recuerdo plasmado en la mente de los seres humanos que hoy piensan como yo.

Libertad, una vez más escrita. Creo en ella como saber que Dios existe en nuestro lema “Dios, Patria y Libertad”.

Ahora lo sé. Sé que mi destino estaba determinado desde mi concepción, desde la concepción de mis padres, de mis abuelos, de todos mis antepasados. Tal como en mis sueños. Lo recuerdo bien en este momento.

La Antorcha

El sótano de Juan Pablo era en las noches la parte más iluminada de la casa, sin duda el lugar perfecto para planear aquellas cosas que no queremos que nadie sepa. Las sillas estaban roídas por la polilla, pero aun podían sostener a un hombre de mucho peso. La luz nunca faltaba, las antorchas, que eran siete, siempre estuvieron prestas a infectar la oscura atmósfera con su espectro.

Juan Pablo fue hombre de poco hablar, obediente y libre al mismo tiempo. En su dedo mayor tenía una ampolla por tanto usar la pluma y escribir todas las cosas que se le ocurrían, en especial aquellas que aún siguen navegando los corazones de los patriotas anónimos de estos tiempos.

El sótano siempre había sido el mismo, pocas veces la familia bajaba, solo dejaban allí alguna que otra silla que donaban los vecinos al joven Juan Pablo para su escuela.

El martes, Juan Pablo bajó las escaleras, alimentó el fuego de las antorchas, sacudió el polvo de las sillas y se sentó a esperar al grupo de jóvenes que tomaban las clases de matemáticas en secreto.

-Salve Maestro, saludaba el joven Jacinto mientras se quitaba el sombrero y bajaba las escaleras con los demás.

Todos tomaron una silla y clavaron los ojos en las palabras que salían del pecho de Juan Pablo.

-Ya las cosas se están poniendo calientes por estos predios, decía Benito rompiendo la atmosfera de atención. Los invasores nos han cuestionado sobre qué estamos haciendo aquí.

-Entonces ya es tiempo jóvenes, contestó Juan Pablo. Mi papel como educador ha culminado y tenemos que buscar otro lugar para continuar con la causa.

El calor se hacía más intenso. La luz de las antorchas menguaban como advirtiendo que ya era hora de retirarse.

Juntémonos en mi casa, dijo Juan Isidro apretando los dientes de la rabia. Mi madre me ha dicho que ella da su vida por ver nuestra tierra en libertad. Allí tenemos un sótano un poco más grande que éste, creo que sería un lugar mejor.

Ahora mismo habla con Doña Chepita, dijo Juan Pablo. Mañana será nuestro primer encuentro. Retírense que ya es tarde. Que Dios les guarde y les acompañe, expresó Juan Pablo. Se retiraron rápidamente y al día siguiente llegaron a la casa de doña Chepita.

Chepita era la vieja más amigable de la zona, mujer de poco hablar y enemiga de las opresiones. Era querida por todos y considerada como mujer muy creyente. Cuando estaban todos, Juan Pablo tomó la palabra y dijo:

-¡Amigos! sigan en la carrera que han emprendido, hoy es el día en que la Patria comienza a separarse de la utopía, y daremos nuestras vidas si es necesario para lograr tal cometido.

-¡Estamos dispuestos!, dijeron a una sola voz.

Juan Isidro y Juan Pablo buscaron las letras de lo que marcaría como una sociedad a ese grupo de jóvenes soñadores.

-Levanten su mano derecha, dijo Juan Pablo, y lean a una sola voz.

-“En el nombre de la Santísima y Augustínísima e Indivisible Trinidad de Dios Omnipotente, juro y prometo por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro presidente Juan Pablo Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes a la separación definitiva del gobierno haitiano y a implantar una república libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera que se denominará República Dominicana, la cual tendrá su pabellón tricolor, en cuartos encarnados y azules atravesado por una cruz blanca. La república establecerá su correspondiente escudo de armas. Mientras tanto seremos reconocidos los Trinitarios con las palabras sacramentales “Dios, Patria y Libertad”. Así lo ratifico y prometo ante Dios y el mundo. Si tal hago, Dios me proteja, y de no, me lo tome en cuenta y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición si los vendo”.

De las manos de un joven cuyo ideal de libertad y humanidad va más allá del mero deseo de bienestar, se ha tomado el fuego para encender la antorcha que guiará el nacimiento de una nueva nación. Ha nacido

en el corazón de un reducido grupo de jóvenes la llama más pura que puede iluminar un alma, el deseo de ver su patria libre y soberana.

Majavi
Francisco Javier Martínez C.

Un Sueño Cumplido

-¿Por qué no tenemos una bandera como la de tu padre?, decía Juan Pablo a su padre José.

-Lo que pasa hijo mío- dijo Don José, es que el lugar al cual mi padre pertenece es muy diferente de las personas de aquí. Allá hay un himno, una bandera y no hay esclavitud. Tienen una patria y una nacionalidad.

-Nosotros podemos tener una, dijo el pequeño con ojos brillantes y resplandecientes.

-Si, dijo José. Algún día tendremos una como la de mi padre.

Ambos siguieron caminando por la orilla hermosa del gran río Ozama.

El niño se quedó pensando en esa corta conversación y dijo: algún día tendremos una patria, una bandera y un himno como mi abuelo.

El niño crecía, se desarrollaba y su gran sueño de una patria propia se albergaba cada día en su corazón.

Llegó el gran día. Ya Juan Pablo no era un niño, era todo un joven.

Era tiempo de estudiar. Su madre lo instruyó muy bien y luego lo envió a hacer sus estudios primarios en la escuela. Al Juan Pablo relacionarse con ciertos conocimientos y saberes, descubrió que José Núñez de Cáceres tenía el mismo sueño que él. Pensando en esto, sigue estudiando, pero esta vez a otro nivel. Don José, junto a Doña Manuela, decidieron mandarlo a estudiar a España, porque querían que fuera próspero como su padre. Todo estaba preparado y listo para el viaje.

“El secreto de la libertad está en hacerse sabio y nunca olvidarse de los buenos principios ni del amor” - dijo Don José - mientras llegaban al puerto.

-Lo tendré bien presente, padre querido - dijo Juan Pablo - con una sonrisa.

- No sé qué tiempo pasará, le dijo Doña Manuela, pero te extrañaremos mucho. Nunca dejes de escribirnos y cuídate mucho de la nieve. No dejes tu abrigo en ningún lado ¡ah! cuando nadie tenga en quien creer, tu Dios siempre será el mismo y mi amor por ti no cambiará.

- Estoy muy orgulloso de tener una familia como ustedes, dijo Juan Pablo. Aunque estemos separados de vista, estarán bien presentes en mi corazón. Te amo madre y a ti padre querido, te agradezco por ser quien eres conmigo.

Ya la gran nave esperaba, inmensa y firme como una isla; sus variados colores invitaban a una aventura marítima. Juan Pablo la aborda y piensa para sí mismo: no sé qué me espera de aquel lado de estas murallas de agua, pero lo que sea estoy dispuesto a enfrentarlo.

Ya el barco abandonaba su puerto de origen. Una lágrima baja por la mejilla de Doña Manuela y se dice: Ahí va mí querido hijo.

El monstruo marítimo rompe las holas y comienza la gran batalla con el fiero mar.

Juan Pablo piensa: mi primer viaje, que emocionante; estoy dispuesto a aprender todo lo que me sea útil para beneficiar a mi prójimo sin dañar mi persona.

Emprendió su caminar por la plataforma de la gran nave. Mientras caminaba, el pensamiento predominante de él fue: tengo que encontrar un maestro.

Mientras pasaba, había un joven muy entusiasmado en su propio deleite gozando el momento, sin ninguna preocupación. Otros conversaban y algunos contemplaban el inmenso mar. Juan Pablo sigue su recorrido, ve a un hombre sentado con unos materiales escritos, se acerca y le pregunta: ¿qué estás leyendo?

-Mi inventario, dijo el hombre mirándolo fijamente.

-¿Sobre qué trata ese inventario?

-Es que soy el jefe de los cocineros, dijo.

-Interesante, dijo Juan Pablo. Lleno de asombro y emoción. Creo que esta es la persona de la cual necesito aprender, pensó.

-Perdóneme que le interrumpa su informe, alzó la voz ¿quién es usted?

-¡Oh! soy Rogelio y tengo a mi responsabilidad 20 cocineros. Además, tengo otro personal compuesto por un equipo de mantenimiento de 8 personas, un encargado de limpieza con 15 personas a su responsabilidad y todos ellos están bajo mi supervisión.

-¿Cómo hace para lidiar con esas personas?, preguntó Juan Pablo emocionado.

-Solo asigno un responsable en cada grupo, dijo Rogelio. Eso es muy interesante dijo Juan Pablo con una sonrisa de satisfacción en su rostro.

Creo que nos veremos luego dijo Rogelio. Tengo que irme. Pero, dime ¿cómo te llamas?

-Juan Pablo.

-Fue un placer, contestó Rogelio.

Mientras Rogelio se marchaba, Juan Pablo sostuvo una conversación consigo mismo: He aprendido una gran lección, en el momento de lidiar con gente, tengo que asignarle a cada quien su tarea y cumplir yo con la mía.

Ya el barco estaba en medio del mar, de repente se desató una gran tormenta que parecía echar el mar dentro de la embarcación. Juan Pablo, como no tenía experiencia en el mar, decidió buscar a Rogelio, pero no lo encontró. Con quien se tropezó fue con el capitán del barco gritando a gran voz: ¡aten las velas! ¡Aten las velas! Este es el momento para mostrar quienes somos.

El mar rugía como ruge el buey; las olas tenían el sonido de la muerte, pero ellos no se asustaban.

Juan Pablo veía la gran voluntad del capitán y sus hombres. Se aferraban a la vida como un león se aferra a su presa, como un niño a su madre, como un hambriento a su pan.

Aunque Juan Pablo no estaba relacionado con esta situación, no se escondió; sino que observó el trabajo de los marineros e hizo lo que ellos hacían.

El barco parecía que se iba a despedazar pero eso no intimidaba a Juan Pablo. El rugido de la tormenta endemoniada daba motivo para temblar de miedo, pero ellos no se asustaban. Seguían luchando y atando las velas.

Toda la noche fue de trabajo y Juan Pablo no tuvo descanso. Al amanecer, la tormenta desapareció. Cada uno de los marineros y Juan Pablo estaban pegados a las velas, su gran valentía no permitió que naufragara el barco.

El capitán invitó a los marineros a tomar un descanso.

-¿Quién es el nuevo marino?, preguntó.

-Nunca lo he visto, dijo el marino Vargas Ramírez observando a Juan Pablo.

-Soy Juan Pablo Duarte mi capitán, dijo el joven mostrándose un tanto fatigado y exhausto.

-Lo hizo muy bien joven, dijo el capitán. Deberías pertenecer al ejército.

-Pensaré en eso, respondió. Uno no sabe lo que traerá la marea; el mundo da muchos giros.

-Nos vemos luego. Tome eso muy en cuenta, dijo el capitán, mientras iba en dirección hacia la popa.

El carácter de Juan Pablo Duarte se estaba formando. Él aprovechaba cada oportunidad que podía. El barco seguía su rumbo, pero se presentó un gran inconveniente. Debido al gran enfrentamiento con la tormenta, el casco empezó a deteriorarse y tuvieron que hacer un alto en Estados Unidos. Allí, Juan Pablo se relacionó muy estrechamente con el inglés, ya que duraron más de dos meses varados. Pasó

el tiempo y llegó a España. Se hizo profesional y fue capaz de dominar más de cuatro idiomas. Juan Pablo Duarte regresó por el mismo lugar que se marchara; lo esperaban sus seres queridos.

Sus padres estaban a la espera de ese gran momento que su hijo llegase del extranjero. Como Juan Pablo le envió la información de su regreso ellos estaban esperándole en el lugar acordado. Cuando Don José lo vio, a pesar del tiempo transcurrido, fue capaz de reconocerlo. Al verlo, abrió los brazos en señal de bienvenida y le dijo: bienvenido hijo mío, regresaste como prometiste.

-Tú me enseñaste que nunca me olvide de los principios, el amor es lo que motiva mis más grandes deseos. Se abrazaron ambos y partieron hacia su casa en una carreta que Don José poseía.

Al llegar a la casa, su madre no lo dejó de abrazar y le dijo: ya eres todo un hombre; estás más alto que tu padre.

-También yo espere mucho este día, dijo Juan Pablo mientras acariciaba los tiernos rizos de oro de su madre.

Conversaron largamente, hasta que Juan Pablo preguntó ¿cómo sigue la situación aquí?

-La situación va de mal en peor, dijo Don José, mientras inclinaba el rostro hacia el suelo.

-Dios ha de concederme bastante fortaleza para no descender a la tumba sin dejar a mi Patria libre, independiente y triunfante, dijo Juan Pablo mirando a su padre. Quiero cumplir mi sueño ¿conoces a algunos jóvenes interesados en tener una bandera, un himno y una patria libre e independiente?

-Claro que si – dijo Don José con una sonrisa de satisfacción en su rostro.

-¿Dónde los puedo encontrar?, dijo Juan Pablo, mientras miraba a su padre fijamente a los ojos.

-Son muchos los jóvenes que están deseosos, como tú, de un himno, una bandera y una patria libre e independiente-respondió Don José.

Durante el tiempo que estuviste en el extranjero no me pude contener y pude lograr que unos cuantos jóvenes emprendieran el camino de la senda de la libertad.

-Me alegra escuchar esa noticia, padre querido, dijo Juan Pablo. Tengo unos planes estratégicos que estoy seguro nos serán de mucho beneficio.

-¿Cuáles son hijo querido?- pregunto Don José con mucho entusiasmo.

En ese momento Juan Pablo Duarte comenzó a explicarle a su padre todo lo que tenía en mente para lograr ese gran sueño por el cual estaba dispuesto a darlo todo. Pasado el tiempo se reunieron todos los jóvenes y Duarte les dijo:

-¡Estamos aquí reunidos! ¡Porque vivir sin patria es lo mismo que vivir sin honor! hemos pasado mucho tiempo siendo oprimidos por esos extranjeros que tanto nos agobian; en este momento nos consagramos para luchar por nuestra soberanía. Este día hará la diferencia, hoy proclamo a todos ustedes, que tendremos una nación que se llamará ¡República Dominicana! con una bandera y un escudo propio; los cobardes no tienen parte con nosotros, aunque puedan cobijarse bajo el mismo cielo. Cada uno de ustedes diríjase a sus seres queridos, porque mañana a la media noche estaremos en el camino de la libertad.

Cuando Juan Pablo Duarte termino de pronunciar estas palabras alentadoras cada uno se marchó hacia su casa, con el corazón palpitante de esperanza y con mucho suspenso, porque se acercaba ese gran día.

Llegada la noche del 27 de febrero todos los jóvenes estaban en lugares estratégicos esperando la señal de ataque. Esa noche ha de recordarse, como la noche que se hizo realidad un sueño.

El Poeta del Camino

Cesáreo V. Serrano Lara

Duarte el romántico

Una tarde se encontraba Juan Pablo Duarte sentado frente a su casa, analizando la situación por la que atravesaba la isla. Ante tanto pesar y tristeza buscó su guitarra y se puso a tocar, al mismo tiempo que recitaba varias coplas, porque su dolor era tan fuerte que a veces trataba de escaparse de la realidad tan atroz por la que pasaban las personas de Santo Domingo, incluyéndolo a él y a su familia.

Al terminar de tocar decide dar un paseo por los alrededores de la zona colonial. El joven caminaba y caminaba sin rumbo, pero al llegar al parque se detiene, se sienta en un banco y continúa pensando. En ese mismo instante se acerca una joven muy elegante y le saluda:

- ¡ Hola joven! Mi nombre es María Bobadilla.

- Mucho gusto señorita Bobadilla... Mi nombre es Juan Pablo Duarte. Tome asiento por favor.

La joven se sienta a su lado y le dice:

- Disculpa el atrevimiento, hace varios minutos que te observo y la verdad es que te noto muy preocupado. ¿Te pasa algo?

- Si, tienes razón, estoy muy preocupado, pues necesito convertir esta isla en una hermosa patria, donde respiremos aire puro y podamos vivir sin temerle a nada. Le contestó Duarte.

- Todos queremos eso, así que no te preocupes, ya llegará ese momento, interrumpió ella.

Varios días después de esta conversación, Duarte y la joven de apellido Bobadilla continuaron viéndose y al cabo del tiempo se enamoraron y formaron un noviazgo público.

Esto era de esperarse porque Duarte era muy apuesto y elegante y María no se quedaba atrás, ella tenía sus encantos y también era muy hermosa.

Un día Juan Pablo la invita a su casa y le dirige estas palabras:

- ¡María, eres muy bella!, tan bella que una rosa no puede compararse contigo.

- Tú también eres muy lindo e inteligente, por eso me enamore de ti.

Cinco minutos más tarde el joven inspirado por el amor, le canta a su novia, le recita poesías y además imita sonidos con su flauta para hacerla reír un poco. De esta manera la mente del joven se despejaba por un momento de los problemas que involucraban la isla y es por ello, que la familia de Duarte se sentía feliz por dicho noviazgo.

Al día siguiente, Juan Pablo Duarte se compromete con la hermosa joven y la regala una sortija. Desde ese día la visitaba todos los fines de semana y cabe mencionar que siempre trataba de agradarla con algún obsequio o detalle.

Varios meses después Duarte se descuidó de su prometida, pues solo pensaba en hacer planes que le ayudaran a liberar la isla de los haitianos y es por esto que ambos se fueron alejando poco a poco.

Un día pasó algo inesperado. María fue a la casa de Duarte y le dijo:
- No aguanto más estar sin ti, ya no me dedicas tiempo, solo tienes espacio para tus amigos y para pensar en la libertad de la isla. Entiende de una vez por todas que Santo Domingo jamás va a ser libre y esta relación acaba de llegar a su fin.

Estas palabras lastimaron mucho a Duarte, a lo que éste contestó:

- Siento mucho no haberte cumplido como debí hacerlo, pero debes entender que aunque me case contigo no seremos felices completamente. Tenemos que ser libres e independientes. Para formar un hogar primero debemos garantizar la seguridad de nuestros descendientes y sobre todo su futuro, porque se ve claramente que bajo esta opresión nadie puede educarse de la forma correcta y es por eso que no debemos traer más personas al mundo. Hay demasiada violencia y así no hay ni habrá felicidad.

Este joven estaba convencido que hasta no luchar para construir una patria mejor, nadie sería feliz y quien podría serlo de esa manera. En realidad, Duarte quería a su prometida María, pero amaba más a su

patria y lo que soñaba hacer de ella. Por eso se entregó por completo a la lucha independentista y con sus ideales y los de muchos patriotas más, logran proclamarla y construye lo que todavía es hoy la Republica Dominicana, luego de tantas luchas, humillaciones y exilio se ve claramente, que el que persevera triunfa.

La Condesa

Lisandra Martibellys Manzueta

Esfuerzo

Aquella noche, Juan Pablo Duarte terminaba de tener una reunión en su recámara, donde estuvieron presentes su hermano Celestino y sus hermanas Rosa y Francisca. Su hermano Manuel estaba pendiente a la puerta por si llegaba alguien que no tenía el santo y seña para recibirlo en la casa a cualquier hora. Este tenía el encargo de decirle que no había nadie más en la casa o por el contrario si era del grupo, hacerlo pasar a la reunión.

El tema a discutir esa noche era la urgencia que tenían de seguir buscando recursos para la compra de armas, balas y todas las demás cosas que se necesitaban para continuar con los planes. Allí todos acordaron triplicar sus esfuerzos en las recaudaciones, tanto con obras teatrales, así como con amigos muy íntimos y familiares.

Esa noche, Juan Pablo también tuvo una reunión con Matías Ramón Mella. Mella era de carácter belicoso y un poco impaciente, tenía inquietudes que plantearle a Juan Pablo Duarte.

Matías Ramón Mella, tenía varios días sintiéndose inquieto, ya que su paranoia lo hacía ver delatores y adláteres de los invasores en cada esquina y en cada persona que veía en la calle. Esto lo tenía en constante nerviosismo, y esa fue la causa de que haya ido a buscar a Juan Pablo Duarte, que se encontraba en un negocio que tenía su hermano Celestino no muy distante de la casa de la familia Duarte Díez.

Al encontrarlo les dijo que traía algo que comentarle que si podían irse a un lugar más seguro. Duarte le contesta que está bien, que vayan a su casa, pero que se vayan por rutas diferentes, y así lo hicieron.

Duarte llegó primero y minutos después llegó Mella, Duarte lo llevo hasta su recámara donde Mella le manifestó inmediatamente su preocupación de que no veía el avance.

Me parece que estamos estancados. ¿Qué es lo que está pasando? Mientras más larga le demos a esto, más nos exponemos a que nos descubran esos sanguinarios.

Juan Pablo Duarte, en un tono casi paternalista le pone las manos en los hombros y les dice:

-Tienes razón, pero te digo que en esta lucha tenemos muchos obstáculos y uno de ellos es la impaciencia. Te puedo decir que las cosas están marchando muy bien.

En un tono más fuerte, persiste.

- No tengas mucha prisa. A menudo las prisas causan retraso. Pasado mañana, a la hora acostumbrada nos reuniremos en la casa de Benito González, el mismo grupo de siempre para detallar lo que hemos hecho en los últimos días y trazar las pautas de los próximos días.

- ¡Comandante! (esa era la forma en que Mella lo llamaba siempre), comandante, me voy mucho más tranquilo, y seguiré adelante con más fe, más intensidad y mucho más alegría. Usted sembró la semilla y ya verá cómo nacerá y florecerá, ¡estoy seguro!

-¡Así es comandante!

Y salió a la calle, donde se encontró con los mismos delatores y adláteres de siempre, y a todos los miró con la misma desconfianza de siempre.

Neruda

Rayniel Almonte Berihuete

Ayuda Desde Adentro

Juan Pablo Duarte sabía que tenía que salir con tiempo de sobra a cualquier encuentro o compromiso fuera de su casa, porque en cada cuadra o medianía de cuadra, alguien lo hacía detenerse para saludarlo, contarle algo, hacerle alguna consulta, en fin, para cualquier cosa.

Para trasladarse desde su casa al comercio de sus padres tenía que emplear regularmente el triple del tiempo que emplearía cualquier otra persona. O, si quería salir de los límites de la muralla de la ciudad, como en aquel momento que tenía una cita fuera de la ciudad, y se le hacía casi imposible avanzar por la cantidad de personas que querían consultarle algo.

Hasta que al fin, logró llegar a la rivera del Mar Caribe y después de cerciorarse que no era seguido por nadie, dobló hacia el sur y varios kilómetros más allá volvió a doblar a su mano derecha y varios metros más adelante entró por un vericuetto hasta detenerse debajo de un gran árbol con mucho follaje, donde aparecieron dos hombres salido de otros árboles unos metros hacia el norte.

Aquellos dos hombres eran funcionarios del gobierno haitiano que nos oprimía en ese momento. Ambos eran hombres de alrededor de seis pies de estatura. Los dos saludaron a Juan Pablo Duarte con fuertes apretones de manos y un ligero toque en su hombro derecho. Saludo que fue correspondido por Duarte en la misma forma.

El más alto y fuerte de ellos de nombre Dierot Bucky, fue el primero en entregarle a Juan Pablo un documento que sacó del bolsillo de un chaleco. Juan Pablo, con una linterna, puesto que ya estaba oscuro, leyó el documento y complacido le tendió la mano y le saludó de nuevo. El otro funcionario haitiano que respondía al nombre de Leví Disont, entregó a Juan Pablo unos planos y direcciones que Juan Pablo leyó y con movimiento de cabeza daba a entender que estaba de acuerdo. Al examinar los documentos, saludó complacido al Sr. Disont.

Juan Pablo introdujo su mano derecha dentro de los calcetines, de donde extrajo gran cantidad de dinero y se lo entregó a los señores Dierot y Leví, quienes después de contarlo y repartirse en partes

iguales, saludaron a Juan Pablo Duarte con reverencia al inclinar sus cabezas, estrecharle su mano derecha y después de prometerle verle pronto se marcharon.

Juan Pablo Duarte, luego de tomar sus precauciones se dirigió a la ciudad por una ruta diferente a la de su llegada. Duarte iba complacido por el fruto de aquella reunión para los fines separatistas. Aquellos dos funcionarios haitianos, uno civil y el otro militar, eran dos personajes avariciosos que a cambio de dinero hicieron un acuerdo de que le tenían que poner en aviso horas antes del ataque y la proclamación de la independencia para ellos encontrarse fuera de la ciudad en “gestiones de sus respectivos cargos en el gobierno”. También, tenían el compromiso de Juan Pablo Duarte de asegurar sus familias y ellos sabían que un pacto con Juan Pablo, era un pacto de un caballero.

Es por ello que mantienen a Duarte informado de todas las noticias que sabía el gobierno haitiano, además que ellos eran los principales proveedores de armas a Juan Pablo Duarte, quien por medio de ese conducto sacaba enormes beneficios para sus planes independentistas y así salir de esa bochornosa ocupación.

Esa noche cuando Duarte llega a la ciudad, se encuentra con el Señor Pedro Alejandro Pina, quien le manifiesta que Mella andaba como nervioso, indagando con todos los del grupo, -“¿Qué hay de nuevo?; ¿Qué han sabido?; ¿Qué en que se ha avanzado?”, y que debían de moverse rápido antes de que los descubrieran y cosas por el estilo.

Duarte les dice: -Pedro, no sé qué le pasa a Mella, tú eres testigo de la reunión del pasado fin de semana donde se informó los avances que hemos tenido y los planes que tenemos para lo inmediato. Todo se detalló punto por punto. Pero de todos modos ¡gracias por la información! Veré como manejo la situación-.

Al despedirse Juan Pablo se va cavilando, que ese nerviosismo de Mella, quiera la Divina Providencia que no nos meta en verdaderos problemas. Y mirando al cielo exclamó:

– ¡Jesús de Nazaret ayúdanos con esta situación!

Don Quijote
Rayniel Almonte Berihuete

Historia para Pablito

A eso de las diez el niño suplicaba por un cuento. Sentía que habiendo hecho todas sus tareas se lo había ganado. Estaba acostumbrado a los cuentos que le contaba su abuela antes de dormir, a veces bajo la influencia de duendes dragones, castillos y héroes imaginarios, soñaba con ser uno de ellos. Viajaba a través de su imaginación por países encantados rescatando hermosas doncellas y persiguiendo a los villanos, pero esta vez su abuela no le contaría un cuento más, le contaría una historia verdadera.

- ¡Abuela!, ¡abuela!- gritó Pablito desde su cama. ¡Ya ven!

- ¡Ya! , ¡Ya! ¿Por qué tanto alboroto?, contestó la abuela. Te contaré una historia, pero debes hacer silencio.

- ¿Habrán duendes y monstruos?

- No, no habrá duendes ni monstruos, porque es una historia real. A ver, ¿te gustan los héroes?

- Sí.

- ¿Te lavaste los dientes?

- Si abue. Bueno, no abue, pero lo voy a hacer.

- Bueno. Está bien, pero recuerda que después de la historia te toca lavarte los dientes.

Todo comenzó en un tiempo distante, en las entrañas de nuestro país, en una época donde el acero y la sangre corrían y combatían entre ellos. Los pueblos estaban llenos de hombres buenos, pero también había hombres malvados y crueles que querían poseerlo todo al precio de lo que fuera. Uno de esos hombres se llamaba Boyer y era un tirano en su país y un día quiso ser un tirano en el nuestro también.

- ¿Y cuál era su país abue?

- Boyer era de Haití, contestó la abuela atenta a la inquietud que mostraba su nieto. Ahora haz silencio y déjame continuar con la historia ¿sí?

- Está bien.

- A ver... ¿Dónde quedé?

- Hablabas de “Bayer”.

- ¡Ah sí!, Boyer tenía un carácter recio, carecía de humildad y siempre se dirigía con prepotencia hacia los demás.

- En la escuela dicen que los haitianos son malas personas abue.

- No Pablito, lo que pasa es que así como hay hombres buenos también los hay malos, no importa de dónde sean. Boyer siempre llevaba un sombrero que parecía de pirata, pero lo bueno era que le combinaba el negro. Un día decidió invadir junto con su gran ejército nuestro país.

- ¡La República Dominicana!, dijo Pablito con aire de sabelotodo.

- Si Pablito, pero para ese entonces no se llamaba República Dominicana, sino que Haití y Santo Domingo eran un solo país, el nombre de República se le dio después. Se dice que antes de Boyer fuimos invadidos por uno de sus compatriotas, pero que gracias a hombres valientes como Ramón Cáceres conseguimos ser libres e independientes, aunque por un corto tiempo. ¿Sabes cómo se le llama a ese corto periodo de Independencia, Pablito?

- No sé.

- Pues se le llama Independencia Efímera.

- ¿Y qué pasó con “Boler”?

- Se dice Boyer, Pablito. Él se quedó gobernando a Haití y Santo Domingo. Eran tiempos oscuros para los dominicanos, las personas casi no tenían derecho a nada. Boyer implantó el terror en sus mentes.

- ¿Y nadie hizo nada?

- Claro, una buena historia no sería buena sin un personaje bueno. Pues verás, en esos tiempos había un joven talentoso, le gustaba tocar

piano y guitarra y lo hacía con tal destreza que las hadas y duendes sentían envidia al escucharlo tocar.

- Abue, me dijiste que no habían duendes en esta historia.

- Sí, era para ver si estabas atento. Él también escribía poemas y era muy bueno haciéndolo.

- ¿Escribía mejor que mi abuelo?

- No, no escribía mejor que tu abuelo, pero estaba cerca.

- ¿Y cómo se llamaba?

- Se llamaba, Juan Pablo Duarte.

- ¿También como mi abuelo?

- Sí, el creció como todos los demás, viendo cómo su gente era oprimida por los invasores. Quería que las personas tuvieran una identidad propia, que pensarán libremente, pero muy pocas personas pensaban como él, estaban acostumbrados a ser sometidos, así que Duarte tomó una decisión que cambió para siempre su vida. Decidió educar a algunas personas dentro de un pequeño grupo, les enseñaba teatro y leyes, pero también les enseñaba a pensar en la importancia de ser libres e independientes de gobiernos extranjeros.

- Debió ser muy inteligente, como mi maestro de la escuela... ¿verdad abue?

- Sí, su madre y su padre se encargaron de educarlo y de que viajara y se relacionara con otras culturas del mundo, así fue como aprendió teatro. Pero él tenía un plan. Cuando vio que había hombres que pensaban igual que él formó una sociedad secreta.

- ¿Como “Excalibur y La Mesa Redonda”?

- Sí, pero un poco diferente, su propósito era reclutar hombres de tres en tres para luchar contra el enorme ejército de Boyer, pero no fue fácil, casi no tenían armas y la mayoría eran pobres, así que Duarte decidió vender todo lo que tenía para armar a los hombres para la batalla que se aproximaba.

- ¿Vendió todo, hasta la casa de su mamá?
- Sí.
- Debió sentirse muy triste.
- Sí, seguro que sí. Pero también tenía grandes amigos que lo acompañaban.
- ¿Cómo quiénes?
- Sánchez y Mella. Eran algo así como sus manos derechas.
- ¿Tenía dos manos derechas?
- No, es una forma de decir que eran de confianza, Pablito.
- ¡Qué bueno!... no me lo podía imaginar con dos manos derechas.

Después de unas carcajadas serenas, la abuela por un momento dudó si seguir contando la historia. Suspiró profundamente mientras que sus ojos se diluían en la llama de la lámpara, cuando volvió la mirada hacia el rostro de su nieto, descubrió en su mirada soñadora que debía continuar.

- Abue, ¿estás llorando?
- No Pablito. Es la brisa. Me golpeó los ojos con una basurilla.
- ¿Y qué pasó con Duarte?
- Bueno, después de un tiempo la guerra aumentó, había choques de espadas, de fusiles disparándose, había grandes batallas por todo el país, el fango se mezclaba con la sangre de los tiranos y los héroes. Boyer comenzó una persecución sangrienta contra Duarte y los Trinitarios, así que Duarte tuvo que salir del país hacia Venezuela para que no lo mataran, pero nunca dejó de combatir. Desde allá dirigía todas las operaciones de los Trinitarios que luchaban a saco y espada contra el ejército infernal de Boyer.
- Abue, haz cambiado la historia, ahora hablas de los Trinitarios.
- No, no, no. Pablito, así se llamaban los de la Sociedad Secreta que

formó Duarte. Lo que pasa, es que al ser secreta no te la podía mencionar.

- ¡Ah! Ya lo sabía, era para ver si estabas atenta.

- ¿Ah sí? A ver si sabes tanto. ¿Qué se celebra el veintisiete de febrero?

- ¡El día de la independencia! Papá siempre me hablaba de ese día y por eso lo sé.

- Muy bien ¿y sabes por qué se celebra la independencia ese día?

- No.

- ¡Ja, ja!, no sabes! Se celebra ese día porque el veintisiete de febrero del año mil ochocientos cuarenta y cuatro, Juan Pablo Duarte, junto con los revolucionarios Trinitarios le ganó al ejército de Boyer y lo expulsaron del país. Más tarde, Duarte regresó, pero fue traicionado por los líderes del país y otra vez tuvo que ser exiliado hacia Venezuela donde años más tarde murió.

- No tuvo un final muy agradable, abue.

- Con el tiempo vas a comprender que los grandes héroes se sacrifican hasta el final y aun con su vida por sus ideales, Duarte fue y es un ejemplo a seguir, luchó por ti, luchó por mí y si hoy podemos caminar con una identidad y con libertad es gracias a él y a sus valientes amigos.

Pablito se durmió junto con las últimas palabras de su abuela, la cual recordaba que Pablito aún no se había lavado los dientes a pesar de que le dijo que lo haría. Imaginando ser un héroe, se fue al mundo de los sueños pensando ser Duarte. En esos momentos alguien parecía practicar piano en la casa de al lado, la abuela salió al patio y envuelta en el tono suave de la melodía miró al cielo, se le llenó el rostro de recuerdos y estrellas y con aquellos suaves tonos de aquel piano cercano, se desvaneció en un gran suspiro, pensaba que se le había olvidado contarle a su nieto cuando Duarte viajó a España, que su padre era ferretero comerciante, que la sociedad secreta que él dirigía respondía al lema Dios, Patria y Libertad y muchas otras cosas más, pero decidió que esa sería otra historia.

Una Lewis Jack

Luis Alfredo Jiménez

El Árbol de los Pensamientos Secretos

Pablito se encontraba en el país en una situación crítica, bajo el dominio de un malvado hombre llamado Pierre Boyer quien controlaba en ese entonces el gran castillo respaldado por las tropas haitianas.

Pablito se levantó muy temprano para ir a la escuela. A pesar de la situación era un niño muy aplicado, responsable, de ojos claros, piel blanca, cabello castaño ondulado, de familia de clase media y siempre vestía elegante, con una aspiración de libertad. Todos los maestros se interesaban por educarlo.

En el sometimiento que vivía, no tenía tanta libertad de jugar con los demás compañeros y sus dos mejores amigos inseparables, Ramoncito y Francisquito, con quienes Pablito se la ingeniaba para salir a jugar.

Los estudiantes y maestros veían a Pablito como el número uno de la clase, el más sobresaliente, un líder para el grupo.

La escuela donde estudiaba Pablito tenía un patio grande en la parte atrás donde no asistían con frecuencia. Pablito como niño al fin, le dio curiosidad de explorar la escuela y con cuadernos y lápiz en su mochila, se dirigió hacia lo más lejano de la escuela, caminó y caminó sin que los soldados lo vieran. Sus pies se detuvieron, observó aquel viejo árbol donde ya no se le veía vida alguna, sus ramas y tronco se habían marchitado, se acercó y cruzó la alambrada que dividía la escuela. Miró hacia atrás, lo único que miraba era un inmenso árbol seco que cubría toda la escuela, se reflejaba una especie de cueva, una pared que lo alejaba de las personas, algo extraño que no encontraba explicación. Se sentó en una de sus raíces descascaradas, grumosas y descarnadas como cuando la tierra se abre por la necesidad de agua.

Pablito se sentía protegido, una paz que jamás había sentido se hacía dueña de su interior.

–“Siento una tranquilidad en este lugar para escribir, ahora puedo concentrarme a componer obras” -. Como le gustaba soñar con un país mejor, con la cabeza recostada en el árbol y con el lápiz y el cuaderno listos para escribir, le llegaban a la mente pensamientos increíbles, una sensación que no se imaginaba. Algo le motivaba a escribir, las letras llegaban por si solas. ¿Sería aquel lugar tan solitario?, ¿qué sería?, se preguntó Pablito. Despejó su mente y solo pensaba en lo que escribía entre líneas y líneas. Decía:

-“Haré que la gente de mi país sea libre e independiente, que no tengan miedo de salir a la calle, hombres y mujeres valientes se expresen con libertad, que no sean acorralados, que la familia pueda vivir en paz y alegría en un país más justo y solidario para todos. Vivir sin patria es lo mismo que vivir sin honor”.

Pasaron días. Pablito se aseguró de que no sentiría ningún riesgo de llevar a sus compañeros a aquel lugar y meses después invitó a sus dos mejores amigos valientes, dedicados y honrados, que pensaban en liberar el país al igual que él.

Un día en la escuela tramaron la salida. Esperaron que fuese de noche para reunirse en ese lugar, donde los únicos testigos eran la noche y aquel viejo árbol. Entre los tres decidieron que le hacían falta más personas. A Pablito se le ocurrió una genial idea:

-Vamos a escribir pensamientos para comunicarle a los demás compañeros de la escuela -.

Fantástico respondieron Francisquito y Ramoncito. Así los podemos motivar a seguirnos y juntos siendo más, venceremos a esos bárbaros.

Así fue que Pablito se dedicó a escribir pensamientos relevantes, inspiradores para su patria. En la clase aprovechó y se dirigió a sus compañeros diciendo:

-Una nación sin patria es como estar huérfanos de padre, sin nadie que nos acoja y nos proteja de las hazañas de aquellos hombres que no tienen alma, no sienten ni padecen por el dolor de los demás, estamos a la intemperie es, tiempo de abrigarnos.-

Los compañeros al escuchar estas palabras de liberar su pueblo no dudaron en seguirlo y formaron grupos más grandes, juraron libertad y trabajar por la paz de su país. Pero un año después las tropas haitianas

y su malvado jefe se dieron cuenta de sus planes. Unos fueron castigados y otros encerrados en la casa sin poder salir a la escuela, prohibidos de juntarse con sus amigos.

Los padres de Pablito lo enviaron donde una tía que vivía en el extranjero. Por las noches cuando dormía, soñaba con aquel árbol.

-Yo vivo en tus pensamientos. No lo olvides, algún día serás una persona grande, un líder para la sociedad, tu nombre será tan grande como el de tu país. Desde aquí le escribirás a tus amigos para motivarlos a seguir luchando y terminar con esa situación.

Años después, Pablito ya no era aquel niño que soñaba, que imaginaba cosas más allá de lo normal, todo un hombre preocupado por sus estudios, se convirtió en un gran escritor de obras, pensamientos, político destacado, un verdadero visionario, todo un caballero con un gran nombre como le había dicho el árbol de los pensamientos secretos. Regresó al país con el nombre de Juan Pablo Duarte. En seguida, se reunió con sus compañeros más destacados, Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Matías Mella.

Todo estaba planificado. La noche del 27 de febrero del año 1844 planearon sorprender a Jean Pierre Boyer y sus secuaces.

-En un momento pensé, cuando yo era chiquito, me hacía llamar Pablito. Pensaba que iba a luchar con espada, montado en mi caballo, un gladiador a punto de derribar al bárbaro que vive en el gran castillo, que fantasías aquellas.

Sus amigos lo acompañaban siempre, llegaron a la puerta del castillo donde le pondrían por nombre La Puerta del Conde. Ramón Matías Mella, con su rifle en mano tiró un tiro al aire. Era la señal de proclamar la independencia nacional. María Trinidad Sánchez izó la bandera, Jean Pierre Boyer y sus tropas estaban acorralados y no tuvieron más remedio que ceder y entregar el país a los dominicanos, por eso se le llamó República Dominicana. El pueblo se tiró a la calle, el cielo se despejó de aquellas nubes grises, lleno de brillantes estrellas como luciérnagas, alumbraban a las personas las cuales se mostraban libres e independientes bajo el lema Dios, Patria y Libertad.

Esa noche con el nacimiento de una nueva República cayó un gran diluvio de agua.

-¡Oh Dios, llovió como jamás había llovido nunca!

- No me detuve después de haber logrado ese sueño que tenía desde chiquito, esa ansiedad deliberar mi país, mi gente, después de 22 años bajo el dominio haitiano. Fui un excelente maestro para los jóvenes de este país, enseñándole valores, orientando a una generación con ganas de aprender -

En unos días Juan Pablo Duarte se acordó de aquel lugar y corrió hacia allá.

-¿Cómo lo pude olvidar? Debe estar pensando que ya no lo necesito.

Vaya sorpresa la de Juan Pablo Duarte cuando llegó y observó que no quedaban rastros de lo que era antes ese lugar. Juan Pablo Duarte quedó asombrado, boquiabierto.

-¡Dios mío! ¿Qué pasó aquí? ¿Dónde está ese viejo árbol que me acogía cuando lo necesitaba, el que me inspiraba a escribir a través de sus pensamientos?

Fue un cambio rotundo. Ese lugar se había convertido en un ambiente de verdes hojas, muchos árboles, flores, mariposas volando, pájaros cantando, todo un bosque encantado.

Vi un arbusto con ramas verdes moviéndose con una brisa suave muy cálida me acariciaba el rostro, llamó mi atención, me acerque al arbusto florecido, sentía su aroma como la primera vez que me arrime a él aún más agradable, le toque con mis manos y en seguida escuché su voz dentro de mis pensamientos.

Ya te has dado cuenta como se convierten las personas, los animales y las plantas, cuando sentimos nuestro terreno sometido, invadidos, acorralados, presos sin libertad. Nos secamos, nos marchitamos, un mundo oscuro lleno de tinieblas nos envuelve. Hoy he renacido en otro árbol libre, en un ambiente sano para que todas las familias gocen de nuestro ambiente, sientan la brisa de la primavera, miren los pájaros y las golondrinas cantando, tengan la libertad de protegernos, amar nuestras flores, caminar por las calles sin preocupaciones. Ahora soy diferente, diferente por fuera; pero por dentro sigo siendo aquel viejo árbol con un gran corazón el cual te acogerá siempre donde quiera que vayas, hasta el día de mi existencia aquí en la tierra. Eres mi líder

sigue aclarando tu vida y la vida de los demás, no olvides nunca estas palabras y recuerda yo siempre seré el árbol de los pensamientos secretos.

La Palomita de Oro
Angelina Contreras Popa

El Poemario *Duartiano*

A las siete treinta de la mañana de un día cualquiera, había un niño sentado en una banqueta del parque de grandes árboles, jardines verdes, rodeado de flores rojas, amarillas, blancas y rosadas, con una gran explanada para hacer actividades en un majestuoso altar en cuyo centro se erigía la figura del Prócer fundador de la patria. Con su libreta y lápiz en manos, el pequeño contemplaba a las personas pasar, esperando la inspiración para escribir, pues se había propuesto en la vida ser un gran poeta.

Cuando se acerca a él un anciano preguntando:

- ¿Niño que haces ahí?
- Estoy contemplando el entorno.
- ¿Para qué lo haces?
- Quiero ser poeta, pero no hallo la inspiración y no sé de qué escribir.
- Hijo, cuando más lejos crees que estás, es cuando más cerca lo tienes, dijo el anciano.

Mientras se retiraba el anciano, se escuchó una voz rígida que grita diciendo “¡ATENCIÓN!” pues era el momento de rendir honor a la memoria de esos hombres y mujeres que lucharon por nuestra tierra. Pero el infante observó que en ese momento todo seguía igual que hace unos segundos y se da cuenta que había un vacío en la sociedad y lo tenía que llenar pues los valores patrios se estaban perdiendo. Esto lo inspira a interesarse por los ideales postulados por el patricio Juan Pablo Duarte.

Sale de allí con un camino por recorrer y una esperanza de poder cumplir su sueño. Se le ocurre visitar varias escuelas en búsqueda de informaciones con los maestros más destacados en el área. Estos le ofrecieron diversos conocimientos, y le recomendaron profundizar estas informaciones en los libros de textos que hablan acerca de los pensamientos y vida de Juan Pablo Duarte.

Después de tanto investigar, ya agotado, el niño se va a la cama. A las tres de la mañana, estaba sentado en su cama susurrando: “He investigado con maestros sabios, he consultado todos los libros que de su vida hablan pero siento que falta algo, siento que todo está inconcluso, hay un eslabón que une todo”. Cansado de tanto leer y darle vueltas se queda dormido y en su sueño escuchó una voz que decía: “El ignorante afirma, el sabio duda y reflexiona”.

El niño despertó asombrado y susurró:

-¡Que tonto he sido! Claro que hay cabos sueltos, en los libros y en las historias falta algo que solo el mismo Duarte me puede decir. Con esa inquietud sale a buscar ayuda donde un científico reconocido, para que le ayude a unir los cabos sueltos.

Cuando el niño llega al laboratorio del científico, él le pregunta:

-¿Es usted el científico que los periódicos aclaman por sus inventos?

-Si hijo, ¿Por qué lo preguntas?

-Tengo un problema que nos afecta a todos. Quiero resolverlo, pero necesito de su ayuda.

-Un problema que nos afecta a todos. ¿Qué problema?

-La pérdida de los valores patrios.

-¿Y en qué te puede ayudar este viejito?

-Necesito que usted me construya una máquina para viajar en el tiempo.

-¡Para viajar en el tiempo! ¿Y para qué?

-¡Sí! Para reunirme con el propio Duarte, solo él sabrá decirme lo que necesito.

En ese momento el científico suspiró y dijo:

-Es un reto el que tenemos pero no es imposible, construiré la máquina en tres días y podrás viajar al pasado.

Al pasar el tiempo, el niño ansioso visitaba al científico cada día hasta que llegó el día convenido. Abordó su máquina del tiempo con la esperanza de que todo saliera bien. Antes de marcharse dijo al científico:

-Gracias señor. Le prometo que lograré hablar con él.

-Confío en ti. Espero que la máquina funcione y puedas lograr tu sueño, dijo el científico.

En ese momento se sintió el destello de una luz poderosa y la máquina desapareció del laboratorio.

-Se ha marchado, susurró el científico.

Mientras viajaba en la máquina, planeaba su encuentro con el patricio. Pensaba en las preguntas que le haría. En un abrir y cerrar de ojos, la máquina se detuvo frente a un gran monumento, pues ese era El Monumento a los Símbolos, el cual reconoció por sus tres figuras, una que representa el Escudo de Venezuela, otra la Bandera y una tercera que representaba el Himno Nacional de ese país. En una esquina de la calle había un gran letrero que decía “Bienvenido a Caracas Venezuela”. Entonces, se dijo el niño:

-Ya estoy aquí.

Era el año mil ochocientos cuarenta y cinco, la máquina había funcionado. Ahora buscaría la casa donde estaban refugiados los familiares de Duarte. Por los libros que había leído, sabía que la casa estaba custodiada por los soldados de Santana, pero estaba seguro que hallaría la forma de entrar. Estando allí, la familia lo envió directo a Duarte. El niño logró ver al patricio y tener una larga conversación con él.

-Señor, le dijo el niño. He viajado desde el futuro, porque los valores patrios se están perdiendo allí y sé que hay algo que falta en los libros de historia y sólo usted me puede decir.

En ese momento Duarte sacó un pergamino y le dijo:

-He aquí lo que buscas. Esto, por error me lo lleve a la tumba y ahora me doy cuenta que fue un desliz creer que la sociedad seguiría mis ideales sin la necesidad de mostrar lo que aquí te entrego. Llévalo a tu época y dales a todos este gran mensaje.

El niño, sin detenerse, se despidió dándole las gracias al patricio. Subió a su máquina y emprendió el viaje de regreso a su tiempo. Mientras viajaba, se le ocurrió la idea de expresar este nuevo mensaje en forma de poema y empezó a escribirlo durante el viaje de regreso.

El día 27 de Febrero, de un año que no recuerdo, se encontraba reunida en el parque de su ciudad una gran multitud, encabezada por las autoridades, maestros, estudiantes y muchas otras personas prominentes del lugar. Era el día de conmemoración de la Independencia Nacional y las autoridades discutían entre sí por no tener que asumir la pesada tarea de tener que dar el discurso central, pues no había nada nuevo que decir: siempre se repetía lo mismo.

De repente, en medio de la multitud, salió un destello de luz que a todos dejó sorprendido. Frente a la estatua del patricio, apareció la extraña máquina del tiempo. Se abrió una puerta mecánica y de ella salió el niño que llevaba en sus manos un manuscrito, mientras todos sorprendidos le observan y murmuraban:

- ¿Qué es eso? ¿Por qué está frente a la estatua del patricio?

El niño se dirigió a las autoridades diciendo:

-He viajado en el tiempo, estuve reunido con el patricio y he traído un nuevo mensaje que quiero que conozca el Pueblo Dominicano y no hay mejor día que éste para compartirlo. Solicito pues, continuó diciendo, un espacio para declamar unos versos que he construido con el mensaje del patricio.

Las autoridades, un poco aturdidas, dijeron al niño:

-Si has viajado tan lejos y has hablado con Duarte, entonces mereces ser escuchado.

En ese momento el niño se acercó al pódium y empezó a declamar los versos del poemario Duartiano:

I

He viajado muy lejos
Para con Duarte conversar
Y traer nuevos mensajes
Que no se han dicho jamás.

II

Pasarán muchos disturbios
Pero la cabeza siempre en alto
Demostremos al mundo entero
Que somos dominicanos.

III

Por esto mando mis doctrinas
Que a la tumba quise llevar
Creyendo que los valores patrios
No se perderían jamás.

IV

Joven del futuro
Formula tu juicio crítico
Pero basándote siempre
En los ideales del patricio.

V

Yo que rompí las cadenas
Del gobierno de la maldad
Para abrirles las puertas
De un mundo de libertad.

VI

Les quise forjar un país
Donde la justicia prospera
Donde la igualdad reina
Por doquiera sin frontera.

VII

He aquí el mensaje
Que a la tumba me llevé
Y gracias a este niño
Por fin lo mostraré.

VIII

Fueron muchas las batallas
Que libramos en nuestra tierra
Para ser dominicanos
Con escudo y con bandera.

IX

Lucha por tus valores
Como nosotros en las guerras
Si se sienten ser dominicanos
Valoren nuestra bandera. (Bis)

En ese momento, después de culminar el niño su magistral discurso, todos quedaron hipnotizados por el mensaje que les había traído, cuando de repente se escuchó una voz diciendo ¡ATENCIÓN!, pues era la hora de rendir honor a esos hombres y mujeres que lucharon por nuestra tierra.

-El mensaje llegó, dijo el niño. He logrado mi sueño.

En ese instante, todos los allí presentes le rendían honor a su bandera tricolor y se comprometieron a recuperar los valores que por mucho tiempo se dejaron de practicar.

Nostalgia

En aquella mañana de junio, en la patria de Simón Bolívar, el día amanecía lluvioso. Sin embargo, Juan Pablo Duarte se encontraba delirando de la fiebre, que últimamente era su eterna compañera. Su hermana Rosa, se encontraba sentada a su lado aplicándole paño de agua, para tratar de bajarle la fiebre y las convulsiones que cada día eran más fuerte. Ella se encontraba a su lado desde las dos de la madrugada cuando fue a relevar a su hermana Francisca con quien se turnaba para atender al enfermo.

En ese momento, Duarte, estaba delirando por causa de la fiebre y su hermana lo escuchaba decir lo mismo que últimamente repetía al recordar su amada patria, sus amigos y sus familiares.

Duarte siempre decía:

-¿Quién ha tenido sacrificio en la vida, puede esperar sus beneficios aunque no lo reclame ni lo espere?

Estas palabras dichas por el patricio en un momento de delirio le llegaron a Rosa a lo más profundo de su ser.

Ella que tantas veces las oía en las conversaciones con su hermano, amigos y familiares, no supo porque aquella mañana al oírlas le talaron el alma. Ella que igual a su familia tenía un espíritu indomable y una abnegación sin límites, a toda prueba. Aunque lo tenía que admitir, ya su frágil cuerpo igual que el de su hermano Juan Pablo, sometido a la inclemencia del tiempo y a las arbitrariedades y ambiciones que algunas veces pueden dominar el ser humano, no eran más que sombras de algunos años atrás. Y sin darse cuenta las lágrimas rodaban por sus mejillas.

En ese momento, como enviada por la Divina Providencia para darle consuelo y fortaleza por las tribulaciones que ella y su familia estaban pasando ya no por culpa de los haitianos, sino de sus propios compatriotas, esos para los que Duarte y tantos otros no escatimaron esfuerzos ni le importó arriesgar sus vidas para darle una patria libre de toda dominación extranjera.

Le llegaron al recuerdo aquellas palabras que escucho decir al Señor Félix María Ruíz, en una reunión que se celebró en su casa en la República Dominicana unos años atrás, donde estuvieron presentes Juan Isidro Pérez y Jacinto de la Concha (al recordar este nombre su corazón empezó a latir de forma especial y no pudo evitar un suspiro). Juan Nepomuceno Ravelo, Felipe Alfau, José María Sierra, El Señor Benito González y el Señor Pedro Alejandro Pina no participaron en la reunión porque se encontraban junto a Sánchez y Mella haciendo gestiones por todo el país, para llevar a cabo la gesta libertaria de nuestra nación, por orden de Juan Pablo Duarte.

En esa reunión, en lo que esperaban la llegada de Juan Pablo Duarte, sus compañeros estaban exaltando las virtudes que adornaban a su mentor y guía Juan Pablo, cuando ella escuchó el señor Félix María Ruíz, decir que Juan Pablo era de esos seres humanos que en las diversas latitudes del universo y en las distintas etapas sociales y todas las épocas y todas las edades responden a fuerzas ocultas que algunos las interpretan como un sexto sentido; otros, como instintos heredados del creador; y los más biológicos lo consideran como un desarrollo físico mental del ser humano; otros, como súper dotados y otros, dentro de lo que me incluyo yo, lo considero como reencarnación de un espíritu depurado que le permite volar más alto y por encima de todos los que le rodean.

Todos los presentes estuvieron de acuerdo con las palabras del Señor, Félix María Ruíz. Rosa no pudo ocultar como la reconfortaban, el recordar aquellas palabras y aquellos amigos verdaderos.

Tan distraída se encontraba en sus cavilaciones que no sabía que hacía un buen rato era observada por Juan Pablo Duarte, desde la cama donde se encontraba.

Duarte, para no distraerla dejó su mente vagar por el pasado y su mente voló a uno de esos recuerdos que tenía grabado con fuego en el corazón. Y eran esas frases pronunciadas al regresar a su terruño querido, cuando les decía a todos:

-He venido a mi patria a servirla con alma, vida y corazón, jamás seré piedra de escándalo ni manzana de discordia. Pero algunas veces no hay forma de entender al ser humano.

Sin darse cuenta, exclamó en voz alta:

-Sé que lo que hemos hecho por nuestra patria no dejará de tener imitadores ¡estoy seguro! Y este consuelo me acompañará a la tumba. Un mes después fallecía con tanta paz y tranquilidad reflejada en el rostro, que esto les dio mucha fortaleza a sus deudos.

Aristóteles

Lucía Quezada Mendoza

Duarte y la Luna

La noche perdida y oscura abrigaba a la ciudad. Los búhos ululaban como alertando una amenaza, los perros ladraban a la luna, que brillante y redonda estremecía a la ciudad con tanta belleza.

Duarte en la carretera, caminaba sin cesar hasta la casa de un amigo que vivía cerca de un arroyo. Su vestimenta sucia y mal oliente apartaba a las personas del camino, su ánimo minúsculo ante la soberbia haitiana, lo traía de mal humor. Cuando llegó a la casa, preguntó por Jacinto, éste lo recibió y lo hospedó en una de las habitaciones de sus hijos. Limpio y con las ideas más claras, comenzó a redactar una obra teatral llamada “La luna esconde un secreto” se la dedicaba en anónimos a sus amigos los Trinitarios, cuando realizaron su pacto aquella noche. Pero la perturbación de aquella mañana no le permitía concentrarse, además tenía demasiado sueño. Escribió unas cuantas páginas, luego se recostó en la mesa.

-Bienvenido a República Dominicana, dijo el capitán del barco a los extranjeros que venían de visita. En la costa de la isla, ya los esperaba Duarte y su gabinete, dispuesto a darle una de las mejores acogidas de sus vidas. Eran los primeros visitantes de la isla desde su independencia de los haitianos. Sus rostros estaban radiantes y llenos de algarabía.

Duarte los invitó a una fiesta que estaba destinada para ellos en la noche. Los visitantes aceptaron y luego comenzaron a elogiar la gran riqueza ecológica de la isla. Las laderas y las montañas se vestían de un verde intenso. La fauna rugía en los matorrales y bosques, y unas aves pasajeras daban al cielo un toque celestial. El aire era puro y la paz tomaba asiento en su nueva casa.

-Señor Presidente, la cosecha esta lista para el comercio con España, le dijo un campesino a Duarte.

-Dé la orden de que empiecen a embarcar.

-De acuerdo, permiso y feliz resto del día.

-Que sea la voluntad de Dios.

Llegó la noche y con ella la ciudad se vestía de fiesta, los tambores perforaban el silencio y penetraban los rincones solitarios. Las almas salían a las calles ante tanta algarabía y los extranjeros admiraban el desfile de interpretaciones de los ciudadanos.

En medio de tanta fiesta, Duarte haló a bailar a Doña Chepita, la que permitió que su plan se llevara a cabo. La abrazó y le dio las gracias. La luna celosa de lo que presenciaba le pidió a la ánimas que lanzara una lluvia para acabar con la fiesta, pues había sido ella la que los había guiado durante aquella batalla sangrienta y liberadora, se había puesto del lado de Duarte, pues era el hombre más culto de la isla y pensó que después de haber ganado la batalla le iba a recitar poemas como le recitaba a sus novias bajo los árboles.

Pero no sucedió así y al ver las negativas de las ánimas decidió esconderse durante unos minutos para dar paso a un eclipse. El fenómeno trajo consigo fuertes vientos y lluvias. Un rayo penetró la ciudad alarmando a sus ciudadanos y acabando la fiesta. Otro rayo se posó cerca de una casa y luego de unos segundos la llama se apoderó de la casa. Varias personas miraron a Duarte y le preguntaron que iba a hacer, de repente toda la ciudad se consumía en llamas y el único nombre que se oía era el de Duarte. La luna gritó desconsolada su nombre y el agua comenzó a caer.

-Duarte, Duarte, Duarte, Juan, despierta. Jacinto le había tirado un vaso de agua.

Duarte se levantó alarmado.

-¿Qué pasa, Jacinto por Dios?-

-Andaban unos haitianos merodeando la casa y se han ido escandalizados hace un momento, he sacado al caballo para llevarte a otra parte, nos tenemos que ir ya.

Duarte bloqueado se marchó de aquel hogar. Cuando salió a la calle miró a la luna. Estaba más brillante que nunca, entonces le lanzó un beso y la bendijo. Luego se montó en el caballo y desapareció por el matorral.

Imagine
Luis Felipe Domínguez V.

Ahí Va Juan, El Gran Soñador

Cuando aún no daba sus primeros pasos, Juan, en su inocencia denotaba una distinta y quizás única naturaleza enfermiza. Tanto en su cálida sonrisa como en la avidez de su mirada azul, se escondía un esplendor que explotaría no mucho tiempo después.

-El pequeño suyo es muy precoz Doña Manuela. Tiene una gran fortuna para usted, tan chiquito y ya el alfabeto le queda corto.

-Así es, Prudencia. Dios ha puesto en mi hijo algo especial, dijo. Debe ser un don, replicó ésta.

Cautivada por la temprana inteligencia de Juan, Prudencia, amiga íntima de la madre, visita de vez en cuando la casa para mimar un poco a "Juanito", tomarse una tacita de café y auxiliar al niño en sus estudios básicos.

La sirvienta de la casa, mestiza e ingeniosa, no esconde sus preferencias por el niño. Los vecinos acuden de vez en cuando para propiciar caricias al predilecto de la casa, quien sería en lo adelante, ejemplo de una juventud viva y brillante.

-¡No corras tan rápido Juan!, grita la madre.

-No quiero llegar tarde al colegio mamá.

Al llegar, notó la madre en aquel lugar un silencio, un desierto, nadie había en aquel lugar.

En la tarde retumbaban en los oídos del inocente las palabras de los mayores y alguno que otro vecino diciendo:

-¡Por la maldita invasión!

-Este gobierno acabarnos quiere.

-Es otra de esas malditas revueltas.

En el pensamiento del infante había mucha confusión, pero entre gramática y aritmética, una y otra lección, el crecía y se convertía en un adolescente. La reputación del muchacho aumentaba de boca en boca. Su sorprendente inteligencia, unida a su blando y dulce carácter cautivaba la atención de todo personaje que le conociere.

Como ya había aprendido sobre teneduría de libros, algunos ancianos de la ciudad le prestaban libros para que se fortaleciera en conocimientos, además de ofrecerles sus lecciones y experiencias gratuitamente. Eso les era honorable a los señores y Juan lo disfrutaba muchísimo y con eso de que ya habían cerrado las universidades, jera un privilegio! Pronto llegaría la necesidad de mandar el muchacho a otro país a terminar sus estudios.

El terror haitiano era la única sombra que se interponía en su camino, pero era demasiado tierno de razón para que esa maldad lo distrajera de las preocupaciones de una juventud estudiosa.

Todos conversaban una y otra vez sobre el futuro de ese querido prodigio. Hablaban sobre todas las inteligencias que se desperdiciaban en el país a causa de la ambición de poder que padecían los invasores. Al fin llegó el día del viaje. El barco ya aguardaba en espera de Juan y de su acompañante, el Señor Pujols. La tristeza inunda el corazón de su padre, quien le abraza ardientemente. Esta era la primera vez que el joven se apartaba de su seno materno.

Manuela, su madre, alta y delgada, se inunda de esperanza y tristeza por la partida.

- ¡Te extrañare mucho!, no olvides escribirme y que te amo, gritó ésta.

-Madre, me marcho con el corazón roto por la ausencia suya que he de sentir, pero me voy con el alma rebosante de esperanzas y con los sueños puestos en favor de mi Patria, de no verla más esclava. Mi angustia por marcharme no es más grande que el deseo de ver florecer a mi pueblo, que un día se llamará República Dominicana.

¡Te quiero mamá!, gritó a lo lejos mientras iba perdiéndose en la neblina del puerto, ya moviéndose el barco.

Viéndole su padre alejarse, exclamó: -¡Ahí va el gran soñador! , ¡Ahí va el creador de sueños, mi hijo! Miró fijamente los ojos de Manuela, la apretó. Sollozaba, mientras le bañaba el hombro con lágrimas. Ella gemía.

Teresita
Charileidy T. Núñez N.

Impreso en los Talleres Gráficos
de Editora Búho, SRL,
en diciembre del 2015

Esta edición consta de
1,500 ejemplares

